



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 8.—Madrid 15 de Marzo de 1884

NÚMERO SUELTO, DÓS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps.
Un año.....	4

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL
ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps.
Un año.....	6

SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica, por D. D. Isern.—Ro- que erudito, por Blas.—Los grabados.—San Leandro, Obispo de Sevilla, por D. Francisco Navarro Villoslada (conclusión).— La Santa Hermandad, por C. Barthelmy.—Los trapenses.—El Beato Raimundo, por D. Fr. Teófilo Berengier.—La rama de coral, novela histórica de Enrique de Cauvain (continuación). Revista de conocimientos útiles.—Advertencia.
GRABADOS.—Vista interior del gran puente entre Nueva York y Brooklyn.—Recuerdos de Sevilla.—Triptico de mosaico.—Fray Juan de la Concepción.

REVISTA

ENVITADOS por respetables personas á llevar la impresión de la Revista á la nueva imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, hemos tenido que pasar por las pruebas y ensayos de la instalación, retrasándose muchos días la salida de los números, que llegarán fríos y trasnochados á manos de nuestros lectores.

Por eso, con ser nosotros los que antes que nadie y con más energía que ninguno hemos atacado los extravíos de la buena sociedad, arrebatada por el lujo

y los placeres á culpables profanaciones y repugnan- tes hipocresías, tenemos que ser los últimos en trar- tar de la que ha dado en llamarse *cuestión del Padre Mon*, asunto que por una semana ha embargado la atención de *todo Madrid*.

Asunto desgraciadísimo, ciertamente, del cual sólo ha salido bien el P. Mon, levantado por sus de- tractores á la encumbrada gloria de los que padecen persecución por la justicia.

La prensa política, como es natural, ha sacado el asunto de quicio para lanzar acusaciones persona- les contra éstos ó los otros actores del suceso, no reparando ni en la gravedad de ciertos ataques, ni en la malicia de algunas defensas. En la espantosa baraunda en que vivimos no es posible esperar cal-



VISTA INTERIOR DEL GRAN PUENTE ENTRE NUEVA YORK Y BROOKLIN.

ma ni cordura en los políticos, cegados por el odio, que es un consejero detestable.

Lo que nosotros hemos sacado en limpio de este escándalo, ya queda dicho: que ha sido un suceso desgraciado para todos, menos para el P. Mon.

Si este fogoso y enérgico predicador hubiese parado por medios humanos el éxito de sus pláticas, no hubiera sido mayor de lo que ha sido: su palabra ha conmovido a todo Madrid, y casi a toda España, arrancando vivas simpatías en los corazones cristianos y hasta homenajes de respeto en los implacables enemigos de la verdad.

Porque no hay nada más simpático, ni que infunda más respeto, que el valor y la entereza de un confesor de la fe, del hombre que, puesta la mira en los destinos eternos, desafia sin miedo, sin la culpable prudencia del mundo, las iras de los poderosos, y prueba con su martirio, si es preciso, la convicción de su fe y la fuerza irresistible de su corazón apostólico.

En la vida de San Francisco se refiere que, instigado el Santo del cielo por la fe de Cristo, fué una vez «al otro lado del mar» con el intento de dirigirse «al sultán de Babilonia». Llegado a su presencia, habló el santo patriarca de la fe de Cristo y de la corrupción de los infieles con tal energía y fuego, «que el sultán, dice la crónica primitiva, comenzó a sentir grandísima devoción hacia él, tanto por la constancia de su fe, como por el desprecio del mundo que en él veía; porque ningún don quería recibir de sus manos, siendo pobrísimos, como no fuere el del martirio, que tanto ambicionaba.»

Dicen los detractores del fervoroso Jesuita que faltó «a las conveniencias sociales», que faltó «al respeto debido a ilustres damas», que tuvo frases muy duras contra las mujeres del gran mundo, que quieren convertir el agua bendita en Cosmódor de París, y colocar la medalla de Hijas de María sobre el amplio descote del traje de baile. ¿Ha sido por esto por lo que se le ha hecho enmudecer?

Pues esto y más que esto dicen los periódicos en sus crónicas de salones; esto y más que esto se dice en libros que andan en manos de todo el mundo; y, sin embargo, el periódico circula y el libro corre sin dificultad, y nadie se queja, ni las más aludidas de la dureza de los ataques.

La gravedad no viene de ahí: viene de que esas censuras están autorizadas con la palabra de un sacerdote virtuoso, de que esas reprobaciones hieren en lo vivo las conciencias inquietas y turbadas, de que esas declaraciones arrancan lágrimas de angustia de ojos que se creen destinados a sonreír perpetuamente.

Si el P. Mon se hubiera bajado del púlpito, se hubiera desnudado del traje sacerdotal y vestido de hombre de mundo, y con el desfado de un tribuno se hubiese trasladado a la Redacción de *El Globo*, de *El Liberal* ó de *El Porvenir*, y allí con la pluma de periodista, mojada en tinta democrática, hubiese escrito sus palabras, es seguro que a nadie hubiesen alarmado, y en vez de doscientas señoras hubiese tenido de oyentes a muchos miles de españoles.

Es un hecho palpable, cien veces confirmado, que donde gozan de más libertad ó de más libertinaje la tribuna y la prensa se ve más cohibida y violentada la predicación cristiana. Es el diablo muy egoísta, y quiere toda la libertad para los suyos, relegando a los hijos de Dios a las cadenas y a los calabozos.

La predicación es la palabra divina, y el hombre pecador rehuye, como Adán, escuchar la voz de Dios en el fondo de su conciencia:

— Oí tu voz en el Paraíso y tuve miedo. Esto es lo que dicen hoy todos los Adanes y las Evas que se alimentan del árbol maldito de la Revolución, custodiado por la infernal serpiente. No desnudos materialmente como nuestros primeros padres, sino cubiertos de joyas y pedrerías, sienten la desnudez de su alma y tienen miedo.

Bajo una coraza de perlas y brillantes deben palpar con mucho miedo los corazones cristianos.

Una observación que puede servir de corolario al párrafo precedente.

Las damas que se han quejado de las censuras de P. Mon, dichas a puerta cerrada, sólo entre señoras y en unos ejercicios espirituales, han conseguido ¡admirable providencia! que cien periódicos se hayan apoderado de esas censuras, las hayan condimentado con sal y pimienta, y las hayan arrojado a los cuatro vientos, divulgando con las quejas la inquietud y alarma de las conciencias lastimadas.

¡Cuánto mejor hubiera sido callarse y acatar con fruto las censuras de un predicador, que no provocar un escándalo y tener que aguantar las murmuraciones de todos los periódicos!

Dios lo ha permitido así para enseñanza y ejemplo de muchos. Ojalá que aproveche la lección.

Hasta ahora, gracias a Dios, no han levantado protestas las Conferencias del Sr. Obispo Auxiliar.

Se conoce que el infierno está estudiando el plan de ataque, y no quiere provocar la batalla hasta que tenga el complot perfectamente madurado. La agresión franca ó velada, por uno ú otro lado, vendrá, porque es imposible que el demonio se resigne a escuchar con calma las alabanzas que salen de todos los labios en estima del P. Cámara y en recomendación de sus Conferencias cuaresmales.

La segunda fué más solemne que la primera. La iglesia de San Ginés, que será como cuatro veces el Caballero de Gracia, se veía desde las cuatro completamente llena de hombres, destacándose entre ellos muchos conocidos, ora por su saber, ora por su nobleza, ora, en fin, por su incredulidad y acreditado liberalismo.

El orador, después de un breve y elocuente exordio dando gracias al auditorio por la atención que le prestaba, entró en la demostración de su tesis, y valiéndose del símil de la balanza, cuya teoría física expuso en cuatro rasgos, sostuvo que así como la condición esencial de precisión en una balanza es el centro de gravedad, en la balanza de la libertad humana el centro es el amor, el cual se encuentra trastornado por el pecado y la balanza se inclina del lado de la sensualidad, que hace al hombre esclavo de sus propios desórdenes. Con vigorosas pinceladas demostró que el amor desinteresado a los goces de la inteligencia y de la voluntad, a la verdad y al bien es raro, mientras que el amor a las cosas sensuales es poderoso é implacable en el hombre; el primero pide estímulo y aliento, en tanto que el segundo exige freno y vigilancia.

La última parte de su tesis la probó por medio de argumentos históricos, pues claro está que la Metafísica no alcanza a resolver los sublimes misterios del orden sobrenatural de la fe y la gracia. Con los heroicos sacrificios de los mártires, la inefable doctrina de los doctores, las prodigiosas hazañas de los héroes del Cristianismo, patentizó cómo la libertad se completa y perfecciona mediante la fe y la gracia, divinos contrapesos de la sensualidad, que tiene perturbada la balanza de la libertad en el hombre.

La tercera Conferencia versará acerca de este punto.

Aun no acalladas las malas pasiones y los compromisos de secta que han dado ruidosa fama a *La Pasionaria*, drama infamante para las letras y para las costumbres, engendro monstruoso de la impiedad y del cinismo de un ingenio extraviado, nacido para más nobles empresas, los carteles de los teatros han anunciado otro drama de la moderna escuela lúbrica y descocada del naturalismo francés, intitulado *Las Vengadoras*, autorizado con la firma de un autor muy conocido por otro drama que, sin merecerlo, obtuvo un éxito estrepitoso, por el autor de *El Nudo Gordiano*.

Las Vengadoras, según los que lo han visto, es no un drama, no una acción teatral, no una obra literaria, sino una galería de suciedades nauseabundas, muladar de carnes podridas, mal encubierto con hojas verdes, y apestando con el olor, peor que el de la boca de una alcantarilla.

A pesar de la buena disposición del público para aplaudir al autor, el mal olor de la obra, su aspecto asqueroso, sublevó todos los estómagos, y aquella basura teatral fué barrida de las tablas antes de que desarrollase todos sus pestilentes miasmas.

Hé ahí cómo está el teatro; ¡y todavía se alarman las gentes con la intolerancia de un predicador que denuncia a las madres de familia la pestilencia de tales lugares de escándalo!

Sin la protesta del público, *Las Vengadoras* se hubieran representado como *La Pasionaria*, *La Mascota*, *Los Mosqueteros Grises*, *El Día y la Noche*... ¡En cambio el P. Mon, ni a puerta cerrada, ha podido condenar los desórdenes y los vicios de nuestra sociedad!

La pluma se cae de la mano y los ojos huyen del papel que reproduce estas ideas para fijarse en el cielo, única luz que refleja la esperanza de nuestros corazones.

¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!

NULEMA.

CRÓNICA



LEÓN XIII ha dado una nueva prueba de lo indomable de su firmeza en las cosas en que no caben concesiones de ningún género.

Los príncipes de Baviera han visitado a Roma, y contra lo que les prescribían sus deberes de cató-

licos, han acudido al Quirinal aun antes de visitar al Papa en su prisión del Vaticano.

Después han pedido a León XIII una audiencia, y León XIII se la ha negado. Ha intervenido personalmente el emperador Francisco José de Austria, y León XIII ha persistido en su actitud noble, digna y resuelta. Los trabajos de los embajadores de Austria y de Baviera cerca la Santa Sede han sido todavía de menos provecho.

¿Qué razones ha tenido el Papa al obrar con tanta dignidad, con tan soberana y apostólica energía?

Dos poderosísimas. La primera fundada en su deber de no colocarse en una situación que equivalga al establecimiento de un *modus vivendi* con el Gobierno del Quirinal. La Santa Sede no ha reconocido ni podido reconocer la ocupación de Roma por la Casa de Saboya.

Los monarcas católicos que visitan a Humberto de Saboya en su Palacio del Quirinal y reconocen por este hecho personalmente esta ocupación, no pueden ser luego recibidos por el Papa.

La segunda es que el emperador de Austria debe visita a Humberto de Saboya y desearía una ocasión cualquiera de poder devolvérsela en Roma, cumpliendo al mismo tiempo con sus compromisos políticos y con su conciencia de católico. Para evitar que esta visita se realice sólo existe el camino que ha emprendido el Papa, al negarse a recibir a los príncipes de Baviera.

En este caso hay todavía un detalle más significativo. La esposa del príncipe real de Baviera es hija del emperador Francisco José.

La actitud firme de León XIII ha causado profunda impresión así en Roma como en Europa entera. La Prensa liberal de Italia anunció que al fin cedería el Papa; pero el hecho es que el martes último salieron de Roma los príncipes de Baviera sin haber logrado ver a León XIII.

Hay que consignar además un hecho. Cuando el Príncipe heredero de Alemania fué recibido por el Papa en el Vaticano, el Secretario de Estado del Papa dirigió una circular a las potencias católicas, en la cual declaraba que el caso del Príncipe imperial en ninguna ocasión podría ser citado como precedente, y que se había realizado sólo por las circunstancias especialísimas que se habían reunido.

Los católicos, que tienen siempre la vista fija en el Vaticano para marchar por donde el Papa marcha, deben aprender en su conducta a no ceder nunca en aquellas cosas en que no caben concesiones de ningún género.

Y una de las cosas en que no es posible transigir es sin duda ninguna ésta, en que el Papa no ha transigido.

Es singular lo que sucede con la conversión de los bienes de la Propaganda Fide.

Después de decretada por los tribunales italianos esta conversión, declaran algunos periódicos liberales de Roma que esta conversión es una grave falta política que compromete lo por venir del titulado reino de Italia.

También el Gobierno del Quirinal parece estar temeroso de su obra, y ha buscado y encontrado medios de entrar en negociaciones oficiosas con la Sagrada Congregación de Propaganda, ofreciéndole un compromiso público, cuyas cláusulas todavía no son conocidas.

¿Qué habrá hecho concebir estos temores al Gobierno de Humberto de Saboya? En primer lugar, la actitud desdeñosa de los Imperios del Norte con él; en segundo lugar, la firmeza con que periódicos ministeriales de Viena han combatido resueltamente la conversión de dichos bienes; y en tercer lugar, el hecho de que por primera vez, en muchísimos años, aparezca Italia igualada a España en el discurso del Trono en la apertura del Reichstag alemán.

Este último hecho, que en todo caso debía lastimar nuestro amor propio, ha arrancado amarguísimas quejas a toda la Prensa liberal de Roma, que ha creído humillada a su patria al verla igualada con España.

Como si, a pesar de lo transcurrido desde mediados de este siglo, no fuera todavía nuestra patria la madre de los conquistadores de Nápoles y de los que dominaron a Italia durante larguísima años, escribiendo en sus anales páginas tan brillantes como la de Pavia.

Como si, a pesar de las tristísimas divisiones que nos destruyen, no hubiéramos vencido a comienzos de este siglo al vencedor de Europa, y no hubiéramos paseado después triunfantes nuestras gloriosas banderas por el Norte de África.

¿Tiene la Italia moderna alguna página en su historia comparable siquiera con estas dos páginas?

La situación de la Francia republicana no cambia ostensiblemente, si es que no se agrava por momentos.

Las huelgas se suceden unas á otras como obediendo á un plan preconcebido de tener en continua alarma á la nación. Pero no hay que culpar por ellas solamente á la Internacional.

A pesar de su inmensa fuerza, la Internacional no lograría salir siempre con sus propósitos adelante si en la situación á que la República ha reducido al obrero éste no se viese forzado de algún modo á seguir las corrientes revolucionarias.

La República ha espantado los capitales. De aquí que las fábricas carezcan de trabajo; que el comercio se paralice en muchas ciudades, y que los almacenes y tiendas vendan la mitad ó aun quizá menos que en los tiempos normales.

Añádase á esto los disturbios, que son consecuencia lógica de las huelgas; las pretensiones absurdas de los obreros, que piden precisamente aumento de jornal cuando existe menos demanda de géneros en los mercados, y se tendrá una idea exacta de la situación.

¿Qué hace el Gobierno para devolver la confianza á los capitales?

Nada, absolutamente nada. Se muestra débil con los promovedores de las huelgas; pierde el tiempo en discutir las causas del malestar que todos conocen, y contrata empréstito sobre empréstito, gravando de este modo considerablemente el presupuesto de gastos con los enormes intereses que en lo futuro habrán de pagar los herederos de la República de las fabulosas cantidades que sin manifiesta utilidad habrán consumido los que se pasaron la mitad de su vida predicando contra los despilfarros de la Monarquía y del Imperio.

Hace más todavía. Con un fútil pretexto entrega al Consejo de Estado, por delito de abuso, al elocuente y valeroso Prelado de Angers, como si no se hallase escudado por su doble carácter de Obispo y de representante de la nación en la Cámara de los Diputados.

La República ha empezado á rodar por una pendiente que no puede menos de conducirla al abismo. ¿Que no arrastre á Francia en su caída!

En Noruega ha sido inmolada una víctima al bárbaro furor del espíritu revolucionario.

El tribunal superior político de la nación, ante el cual las oposiciones parlamentarias han acusado al Gabinete, ha declarado culpable al Presidente del Consejo de Ministros, que tiene toda la confianza del Soberano y que hasta ahora había sido sostenido por él.

¿De qué delitos se le acusa? De haber exagerado la ley en sus aplicaciones contra la propaganda revolucionaria.

El Rey ha hecho cuanto ha podido por evitar que se pronunciara este fallo. Pero después de pronunciado no ha tenido el valor necesario para disolver por la fuerza una Asamblea á todas luces facciosa, que, después de haber depuesto á los ministros, querrá seguramente deponer á su Soberano.

De todos modos, lo ocurrido hasta aquí envuelve utilísimas enseñanzas para reyes y pueblos. No es posible perder de vista en estos momentos el desarrollo de un drama que ha logrado interesar á toda Europa.

Hé aquí á dónde conducen á los Estados las debilidades, cuando no las complacencias, de los monarcas con el espíritu revolucionario. Hace un año hubiera podido evitar el rey de Noruega sin grande escándalo, con sólo un acto de energía, que la acusación pasara adelante.

Hoy todavía hubiera podido detener en su marcha el carro de la Revolución. Mañana... ¿quién puede prever lo que sucederá mañana al ver lo que sucede hoy?

Contra lo que obligaban á creer los datos que se tenían sobre la situación del Sudán, por primera vez desde que estalló la revolución del Madhí han sido derrotados por los ingleses los sublevados.

La acción de guerra tuvo lugar en las inmediaciones del fuerte Baker, situado en el camino de Tokar.

El general Graham mandaba las fuerzas inglesas. Los soldados del Madhí iban mandados por Osmán-Digma. Los primeros eran en número de muy cerca de 5.000 hombres. Los segundos eran en mayor número, sin que sea posible precisión alguna, porque no hay acuerdo entre los diversos partes que se dieron de la batalla.

Los sudaneses se hallaban atrincherados y disponían de varias piezas de artillería moderna, de buenos fusiles y de las necesarias municiones. Pero es-

peraban que se les atacara de frente. Al verse atacados de flanco y por la espalda se desconcertaron, y si bien se batieron todavía con gran valor, no tardaron en pronunciarse en retirada.

La caballería inglesa quiso seguirlos por ver si lograba introducir la confusión en sus filas. No lo logró, y hubo de retirarse sin poder causar efectos de consideración en los sudaneses.

El resultado de esta acción de guerra fué que los ingleses recobraron á Tokar, plaza fuerte que había caído hacía poco tiempo en poder de los soldados del Madhí.

Hoy están otra vez en vísperas de combatirse las fuerzas inglesas del general Graham y las que tiene á sus órdenes Osmán-Digma. Se augura que éste ha obtenido refuerzos de consideración, pero no se sabe tampoco á ciencia cierta con qué número de soldados cuenta.

Mientras que así se hace la guerra en las orillas del Mar Rojo, las fronteras del Sudán en el interior del África y en Egipto están completamente abiertas á los sectarios del Madhí.

La prensa inglesa anuncia que éste prepara una expedición al Alto Egipto, y que á esto es debido que Osmán-Digma no disponga de mayores fuerzas para luchar con los soldados del general Graham. Un telegrama del Cairo que publica un diario de París, asegura que la plaza de Kartoum, en que se encuentra el general Gordón, se halla en grave aprieto, siendo lo peor del caso que no es posible socorrerla fácilmente por la gran distancia á que está, así del terreno de operaciones del general Graham como del Cairo.

El Gobierno de Londres, satisfecho de la victoria alcanzada por sus soldados junto al fuerte Baker, parece haber cambiado de opinión acerca de la conducta que debe seguirse en el Sudán, y que ya no aspira á abandonar aquella región al Madhí, sino á apoderarse de ella.

La Sagrada Congregación de la *Propaganda Fide* redacta, según autorizadas noticias, una circular que dirigirá en breve á todos los Obispos del orbe católico.

En esta circular, después de protestar severamente y con la mayor energía contra el despojo de que la *Propaganda* ha sido víctima, se indica que para prevenir mayores daños la Congregación ha resuelto:

1.º Colocar fuera de Italia la sede principal de la Administración de la *Propaganda Fide*, singularmente por lo que hace á las donaciones y legados de los fieles en lo por venir;

2.º Asegurar de la manera más seria que permita la legislación de las diversas naciones los bienes de que resulte poseedora por la voluntad de los fieles, de un nuevo golpe de mano como el que acaba de privarla de su patrimonio.

Se cree generalmente en Roma que la nueva sede de la Administración de la *Propaganda Fide* se establecerá en Lyon. Otros afirman que en Marsella.

Nadie duda que esta Administración tendrá su asiento en Francia.

Lo que ha sucedido á la *Propaganda Fide* es conciso resumen de la historia moderna. Hoy que la Internacional y las sociedades secretas lo pueden todo, las sociedades fundadas por el bien y para el bien no pueden ni aun conservar la herencia de nuestros mayores.

Los Gobiernos han borrado de su decálogo, por lo que hace á los bienes de la Iglesia, aquel mandamiento que prohíbe apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Sólo los menos respetan en este punto la voluntad de la Iglesia.

D. ISERN.

ROQUE ERUDITO



ALHAYA mi carácter apocado, y mi genio apacible, y mi condición blanda, y mi linfático temperamento moral!

¿Querrán ustedes creer que mi sirviente, el sesudo Roque, hasta hoy manso y leal como el perro que acompaña al Santo de su nombre, pretende subírseme á las barbas?

Verdad es que yo me tengo la culpa por mis condescendencias y familiaridades con él, y sobre todo por haberle sacado de la oscuridad en que ha vegetado toda su vida para exhibirle al público y darle lo que pudiera llamarse *personalidad*.

Desde que el tabernero de enfrente (el de los *cayos y cara-coles*), y el tendero de la esquina, y la doncella del principal, y el mancebo de la botica, y, en una palabra, todos sus conocidos de la vecindad

le hablan de sus *pláticas*, y le felicitan porque *anda en letras de molde*, y le envidian porque *le han sacado en coplas*, ha tomado Roque unos aires de suficiencia y un empaque de hombre importante, que, si me hacen reír algunas veces, otras muchas me irritan y descomponen.

Como su servicio cerca de mi persona le deja libres muchas horas del día y de la noche, se da á leer periódicos políticos, lo cual, si no es precisamente darse á Barrabás, es darse por puro gusto una flagelación intelectual que yo sólo me aplicaría por penitencia de mis pecados.

Y no solamente lee periódicos, sino que pretende entenderlos el muy simple, cuando no los entienden los mismos que los escriben.

Y no se contenta con entenderlos, sino que gusta de discutir sus artículos y de comentar sus noticias con las personas que son bastante cándidas para escucharle.

También he notado que revuelve mis libros, y de ellos saca ideas y nombres propios que desliza en la conversación, casi siempre con una inoportunidad que le envidiaría el mismísimo *Fray Gerundio de Campazas*.

Es indudable: Roque se me ha torcido, como se tuerce un vino puro depositado en una vasija mal acondicionada. El demonio de la soberbia se ha apoderado de él é infundídole alientos de discusión y conatos de libre examen que jamás hubiera sospechado en mi antiguo sirviente.

Hoy, sin ir más lejos, me ha calentado la cabeza á propósito del último artículo que bailé... (¿Qué estoy diciendo?... ¿Cuando les aseguro á ustedes que este Roque me ha trastornado el cerebro!)

Quise decir que con motivo de *El Baile de Piñata*, que por culpa suya escribí para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA hace pocos días, me ha armado un caramillo de padre y muy señor mío.

Se me presentó esta mañana trayéndome el número correspondiente al día 5 de Marzo (y que, como ustedes saben, ha sufrido algún retraso en su publicación por motivos ajenos á la voluntad de la Empresa), lo dejó sobre mi pupitre y se quedó mirándome como si tuviera algo que decirme.

—¿Qué se te ocurre?—le pregunté tomando el periódico y fijando la vista en el grabado de la primera plana.

—Nada, señor—me contestó con cierto tonillo que estaba en desacuerdo con el sentido negativo de su frase.

—Algo quieres—le dije—explícate sin rodeos.

—No quiero nada...; es decir, hubiera querido... ó mejor dicho, quisiera que el señor no hubiese querido...

—¿Qué contradanza estás haciendo bailar al verbo *querer*?

—A eso iba precisamente, señor; á hablar del baile de Piñata.

—¿Aun te parece poca la matraza que me diste el lunes antepasado con tu maldito baile de máscaras?

—No me refiero á mi baile, sino al de usted...

—¿Deslenguado! ¿Te atreves á hablar de mis bailes, cuando hace cincuenta años que no he visto más que los de la Virgen del Puerto?

—No, señor; hablo del artículo que trae hoy LA ILUSTRACIÓN...

—¡Acabáramos de una vez! Es decir, que te has permitido leerle antes de traérmelo.

—Perdóneme usted; pero como me había usted dicho el lunes que pensaba sacarme á la vergüenza en su artículo...

—Es verdad, por vía de castigo á tu loca calaverada... Vamos ¿y qué? te habrá gustado la filípica.

—¡Psch!

—¿Qué quiere decir esa exclamación desdeñosa? Habla con franqueza.

—Pues diré al señor con franqueza que el artículo me ha parecido de los peorcitos que ha dado á luz desde que estoy á su servicio.

—¿Y desde cuándo te crees con derecho á censurar mis escritos, badulaque?

—Desde que el señor me hace la honra de consultar mi pobre opinión sobre ellos.

—Esa contestación—le repliqué poniéndome algo colorado—es más aguda de lo que pudiera esperarse de tu limitada inteligencia; pero me demuestra que te vas contaminado del vicio de la discusión, tan extendido en estos tiempos.

—No he querido, señor, faltarle al respeto; pero en cambio habría faltado á mi conciencia si no le hubiese dicho lo que siento, cuando usted me ha preguntado mi opinión acerca de su artículo.

—Está bien; ¿y por qué te ha parecido mal el artículo? Dilo sin reticencias.

—¿El señor me lo manda?

—Te lo mando.

—Pues me ha parecido mal porque me trata

usted en él con bastante dureza y me pone en ridículo.

—No estamos de acuerdo, amigo Roque; en primer lugar, te he tratado con más benignidad de la que tu falta merecía, y en segundo no he sido yo, sino tú mismo, quien se ha puesto en ridículo, porque no he hecho más que transcribir literalmente tus explicaciones.

—Me parece, señor (sin que esto sea querer santificarme), que no es tan grave la falta de asistir a un baile público para acompañar a dos mujeres que no habían presenciado jamás esa fiesta y tenían curiosidad por verla.

—La curiosidad ha perdido a muchas mujeres; la curiosidad es, en ocasiones, la antesala del pecado...

—Yo respeto la opinión de mi amo, pero tengo para mí que la curiosidad es la madre de todo el saber humano.

—¡Valiente disparate!

—Pues dígame usted, señor: si los hombres no hubiesen tenido curiosidad por saber si la tierra era redonda ó esquinada, si las estrellas eran faroles ó diamantes, si se movían ó estaban quietas, si el rayo provenía de esto ó de lo otro, si los mares eran grandes ó chicos, si los papagayos eran mujeres incompletas ó las mujeres completos papagayos...

—¡Basta! Basta, Roque de mis pecados, que estás ensartando dislates como si fueses un verdadero sabio.

—Convengo, señor, en que hice una tontería ofreciendo a mis sobrinas llevarlas al baile de Piñata; pero usted mismo, que me autorizó para ello, seguramente no creía que era una acción pecaminosa.

—Hice mal, ya te lo he dicho, y estoy arrepentido de mi debilidad.

—El señor ha tenido el arrepentimiento, pero yo he sido quien ha cumplido la penitencia.

—Los bailes, y sobre todo los bailes de máscaras, y sobre todo los bailes de máscaras en Cuaresma, son indignos de un buen cristiano.

—Pues entonces no deberían permitirse en una sociedad cristiana, y puesto que se permiten...

—No te metas en honduras; permítanse ó no, siempre resultará que los bailes, aunque no sean de máscaras ni en Cuaresma, son una tentación para la virtud, un estímulo para el vicio, un peligro para la honra y hasta un rebajamiento de la dignidad humana.

—Eso me parece algo exagerado, señor...

—Puedes quedarte con tu opinión, que yo me quedo con la mía. No me convencerá nadie de que el hombre que, sin estar perturbado en sus facultades mentales, se ofrece a la contemplación de sus semejantes haciendo piruetas, contorsiones, gestos ridículos y adoptando posturas grotescas, pueda reivindicar en su favor el título de persona seria.

—Vaya, vaya, señor, que eso es llevar las cosas al extremo.

—Te digo que si por un solo momento he llegado en una ocasión a conceder algún viso de sensatez a las teorías darwinianas, ha sido al considerar al hombre bailando. Entonces es cuando puede formularse esta duda implícita: «¿Será verdad que descendemos del mono?»

—No negaré que los bailes que ahora se usan, y de que he visto una muestra en el teatro hace pocas noches, más parecen juegos de locos que diversiones de gente cuerda; pero esos bailes han venido de países extranjeros, según he leído en algunos libros de la biblioteca del señor.

—¡Hola! ¿esas tenemos?

—Confieso que estos días he querido saber algo concerniente al baile, ya que el señor me ha puesto como ropa de pascua por haber concurrido a una fiesta de ese género.

—Pues si hubieras profundizado un poco más en ese montón de libros, habrías encontrado algo que te demostrase que ya en tiempos muy antiguos tenía fama nuestro país en materia de bailes indecentes, sin necesidad de pedirles prestados a los extranjeros.

—¿Qué, señor, se usaban ya antiguamente los vales y las habaneras?

—No sé cómo se llamarían, pero sé que Juvenal, en una de sus sátiras, alude a las bailadoras y cantadoras de Cádiz, censurándolas por su deshonestidad y descoco, cuando dice:

*« Forsitan spectes ut Gaditano canoro
Incipiat prurire choro... »*

—No he leído esas sátiras que el señor dice, porque no entiendo el francés...

—¿Francés has dicho, desdichado?

—O alemán, ó lo que sea... Pero en cambio he leído que el baile, allá en los tiempos de Mari-Castaña, era cosa diferente del que yo he visto, en hora menguada, el domingo anteúltimo. Dice no sé qué

autor que « el baile era una sucesión de saltos y pasos medidos que se hacen en cadencia, y unos movimientos de cuerpo reglados y dispuestos con arte al son de instrumentos ó voces ». Y me parece que estos bailes no merecen tantos anatemas.

—Tienes mucha razón; pero el baile a que tú haces referencia se parece tanto al baile de nuestros días como se parecen los atletas griegos a los gomosos parisienses. El baile, en su origen, fué, por decirlo así, una parte de la gimnástica, donde los jóvenes se acostumbraban a mover con desembarazo el cuerpo, a ejercitar los músculos, y a dar flexibilidad y elegancia a los miembros.

—Perdone usted, señor; que no eran únicamente los jóvenes los que se entregaban a este ejercicio, porque también he leído que Sócrates, siendo ya por lo menos tan viejo como yo, aprendió a bailar y a tocar la flauta.

—Sócrates era filósofo y, como tal, algo excéntrico y ligero de cascos.

—Y también sé, por los mismos libros, que personajes tan graves como Teseo, Aquiles, Pirro, Scipión, Alejandro...

—Hombre, hombre, estoy asombrado de tanta erudición.

—Todo esto lo he leído en un tal *Séneca*, que pinta a esos señores, después de triunfar en cien batallas, entregando sus heroicos cuerpos al número y cadencia de los instrumentos en el baile. Y he aprendido también que otro caballero, a quien usted ha citado algunas veces y creo se llamaba de apellido *Paminondas*...

—Epaminondas, si no tienes inconveniente.

—Pues bien, ese general, ó lo que fuese, no se desdenaba de bailar una contradanza, revuelto y confundido con los muchachos de Tebas.

—Todo eso es baile y música celestial, amigo Roque, porque nadie ha negado que se bailaba en los tiempos de Homero, como se baila en los tiempos de Zola.

—Hasta Plutón, señor...

—¿También ése bailaba?

—No sé a punto fijo si bailaba, pero sé que en sus libros...

—¿Tú sabes lo que dices? ¿tú has leído esas cosas en los libros de Plutón?

—Sí, señor, en esos diez ó doce tomos que usted tiene en el estante segundo.

—No digas desatinos... Pues a fe que si corre la voz entre los bibliófilos de que tengo en mi casa libros escritos por el dios de los infiernos...

—Yo no lo he soñado; en el segundo libro de las *Leyes* dice Plutón que no merece ser tenido por hombre de ciencia ni bien educado quien ignora el arte de bailar.

—Platón, querrás decir... En efecto, Platón ha dicho eso; pero ha dicho también que debían prohibirse de una República bien gobernada todos aquellos bailes que pueden corromper las costumbres. Y no sólo condenaba las innovaciones introducidas en las danzas públicas, sino que proponía una especie de previa censura, ejercida por varones graves y de madura edad, para aceptar, modificar ó rechazar de los bailes todo aquello que tendiese a desnaturalizar su verdadero carácter. Ya ves cómo tus citas se vuelven contra tí. Si Platón viviera hoy, ¿te parece que se constituiría en *jaleador* de nuestros bailes, prefiriéndoles a los de su tiempo?

—Dígame usted, señor, ¿y el rey David, no bailó delante del Arca Santa?

—Sí, sí, hombre; veo que has atestado tu estómago intelectual de citas suculentas y de textos eminentemente nutritivos; pero no estás acostumbrado a esa alimentación y no has podido digerirlos.

—Yo sólo he querido hacer ver que el baile no debe ser tan peligroso como usted dice cuando tiene en su abono tan buenos abogados.

—Eso es, *patilla, cruzado y vuelta a empezar*... Ya te he dicho que entre el baile que pudiéramos llamar primitivo ó bárbaro, y el baile que hoy se usa en los países civilizados, no hay punto de comparación, aun incluyendo los bailes de las Bacantes, que podían tener, si no aplauso, disculpa y explicación en el atraso intelectual relativo de los pueblos en que se practicaba. Hoy nuestras costumbres protestan contra tales aberraciones; pero así como hemos adelantado en todo, hemos adelantado en hipocresía.

Las costumbres de nuestra época no autorizarían que en una reunión, en un paseo público ó en un teatro se formasen parejas de distinto sexo, que se abrazasen hombres y mujeres, que se hablasen al oído señoras y caballeros y, en una palabra, que se quebrantasen ostensiblemente las leyes de la decencia y se olvidasen las nociones del pudor.

—Claro está que eso no podría pasar en un pueblo culto y morigerado.

—Pues bien, la hipocresía social ha ideado el medio de que puedan hacerse todas esas cosas y algunas más sin que la virtud se escandalice, ni el virginal pudor de la mujer sufra el más pequeño detrimento.

—No comprendo, señor, esa metafísica.

—Pues está bien clara; basta una palabra para hacer puro lo deshonesto y lícito lo que la moral condena. Si un joven se acercase a una respetable mamá a pedirle permiso para hablar a solas, apretar la mano y estrechar el talle de su hija, la mamá, herida en su dignidad, y la niña, alarmada en su decoro, arrojarían al osado libertino como a un robador de honras. Pero si, en vez de presentar su petición con tal franqueza, el joven solicita modestamente el honor de *bailar* con la señorita, ni la mamá pondrá reparo en ello, ni la señorita sentirá escrúpulos de pudor. Y, sin embargo, la mamá y la señorita saben que la palabra *bailar* abarca en su concisa elocuencia toda una serie de transacciones con la moral, con el pudor y con las sanas costumbres.

—Ya lo voy entendiendo.

—No tiene mucho que entender. El baile, tal como hoy se acepta, no es más ni menos que un pretexto convencional para hacer en público aquello mismo que, si se hiciera en secreto, suscitaría una tempestad de protestas y conmovería los cimientos, etc., etc., de esta moralísima sociedad en que vivimos...

Y ahora, señor Roque, puede usted irse a rebuscar textos y autoridades entre mis libros viejos, hasta que encuentre algún autor que diga: « Los criados podrán hacer perder el tiempo y la paciencia a sus amos en discusiones impertinentes. »

—Perdóneme usted, señor...

—Se me olvidaba: puedes también echarle a leer ese tomo en pergamino de *Refranes castellanos* que hay en el primer estante; entre ellos tropezarás con uno, poco culto a la verdad, pero muy antiguo, que dice:

« A la mujer el bailar y al asno el rebuznar, el diablo se lo debió demostrar. »

BLAS.

LOS GRABADOS

VISTA INTERIOR DEL GRAN PUENTE ENTRE NUEVA YORK Y BROOKLIN

Abierto al tránsito el 24 de Mayo del año último.

En el número 12 del tomo V publicamos, cuando se estaba construyendo, una vista de este soberbio puente, el mayor sin duda que existe en el mundo. Para que nuestros lectores acaben de formar idea de este monumento de la industria moderna, publicamos hoy la vista interior, que representa al vivo sus extraordinarias proporciones. Añadiremos algunas noticias a las que entonces insertamos en la explicación del grabado.

El 16 de Octubre de 1867 el Congreso de Nueva York autorizó la formación de la Compañía constructora. Mr. Juan A. Rocbling fué nombrado ingeniero jefe, y él formó los planos, que fueron aprobados el 21 de Junio de 1869. El 3 de Enero de 1870 comenzaron los trabajos para la cimentación de la torre del extremo de Brooklyn, siendo dignos de particular estudio para los ingenieros los diversos trabajos hidráulicos llevados a cabo para la colocación de la inmensa base fundamental, asegurándola contra la fuerza de las más impetuosas avenidas, y practicando también grandes operaciones para evitar las filtraciones del aire y demás elementos nocivos, siendo de notar que en cinco meses fueron removidas 20.000 yardas de tierra para la colocación de la inmensa base, que contiene 250 toneladas de hierro y 111.000 pies cúbicos de argamasa.

La torre de Nueva York está cimentada sobre roca, y dista 1.595 pies de la otra. La torre de Brooklyn, desde su estróbación a la cubierta, mide 316 pies, y la de Nueva York 349. La balastrada de estas torres se halla a 276 pies del agua.

La colocación definitiva de los cables de hierro comenzó el 14 de Julio de 1877. El número total de cuerdas de suspensión es de 1.520. El sistema de pavimento es muy ingenioso y alcanza una resistencia de 50 toneladas. El coste total de este grandioso puente se eleva a más de 15 millones de duros.

Como puede verse en el grabado, tiene cinco espaciosas vías: dos extremas para carruajes, dos intermedias para ferrocarriles, y la central para transeúntes.

RECUERDOS DE ANDALUCÍA

Creemos que nuestros lectores se complacerán con los preciosos apuntes de Apeles Mestres, relativos a cosas y costumbres andaluzas.

Hé aquí la primera serie, conforme a la numeración que va en los grabados:

1 y 2. — *Cantores sevillanos*. — Es un tipo característico de este país, que anima con sus canciones populares todas las fiestas sevillanas, tradición viva y pintoresca de las costumbres orientales.

3. — *Soportales en el barrio de Triana.* — El rasero nivelador del gusto moderno va echando abajo estos antiguos pórticos, que daban tanto carácter á las poblaciones en que se criaron nuestros abuelos. En el barrio de Triana de Sevilla, tan animado y pintoresco, como es fama, consérvanse estos soportales, que, con carecer de belleza artística, dan carácter al barrio, donde viven los gitanos más apuestos de Andalucía, y donde se puede estudiar más al vivo las alegrías y regocijadas costumbres sevillanas. Bajo tan toscos portales, á la sombra de tan rudas pilastras han reñido los antiguos bandos recias batallas, y la musa andaluza ha entonado sus graciosas canciones populares. Están vinculados, por decirlo así, á la historia íntima, popular y pintoresca de Sevilla. Las nuevas costumbres exigen otros teatros.

4. — *Un apunte de la feria de Sevilla.* — Suele coincidir con la Pascua de Resurrección este célebre mercado, al que acuden los comerciantes de toda la comarca con sus variados géneros, y los caballeros y damas más elegantes del país con el regocijo de su animado carácter. El apunte de Mes- tres es tan verdadero como caricaturesco. El ganado de cerda figura en gran escala en la feria, custodiado por pastores extremeños.

5. — *Ruinas de Itálica.* — Pocas ciudades de la España romana han dado motivo á mayores controversias que Itálica acerca de las vicisitudes porque pasó desde su origen hasta la época de su completa destrucción. La historia escrita lo mismo que la tradición guardan profundo silencio sobre aquella grande catástrofe. Sin los escasísimos pero preciosos restos que nos quedan de su pasada magnificencia, dudáramos, ya que no de su existencia en los tiempos antiguos, de la verdad de lo que la fama se complace en pregonar de ella.

«La ciudad de Itálica, dice Rodrigo Caro, merece autorizada historia, y sólo ella diera bastante materia á doctas plumas.... porque en medio de aquellas lastimosas reliquias, que á pesar de los días aun todavía permanecen en el despo- blado de la que hoy llamamos Sevilla la vieja, aun no están acabadas de sepultar sus grandezas; y en el silencio de aquel antiguo pueblo al más divertido caminante da voces desde aquellos siglos la fama de sus ilustres hijos y pide para aquellas despedazadas reliquias admiración y respeto, publicando que allí fueron las primeras cunas de Trajano, Adriano y el gran Teodosio.»

¡Dichoso el doctísimo historiador de las *Antigüedades de Sevilla*, que pudo decir que en su tiempo aun permanecían insepultas algunas de las grandezas de Itálica! A los nues- tros sólo han llegado las ruinas de las ruinas del anfiteatro... Hé aquí todo cuanto nos queda en 1882 — á una legua de Sevilla — de la ciudad que fué cuna de tres grandes empe- radores de Roma. Sin embargo, estos únicos restos de ruinas, este polvo de los escombros del anfiteatro de Itálica, conservan perfectamente impreso el sello de la magnificen- cia que el pueblo rey supo dar á sus monumentos públicos, de tal suerte que en ellos encuentra el arqueólogo abun- dante materia de estudio.

Con respecto á su origen sólo tenemos, como más digno de fe, el testimonio de Apiano Alejandro — historiador griego contemporáneo de Trajano, Adriano y de Antonino — quien dice que, expulsados definitivamente los cartagi- neses de España, por Publio Cornelio Escipión, fué llama- do por el Senado el glorioso general (año 206 a. de J. C.) para concederle los honores del triunfo. Y como contase en sus legiones muchos veteranos que, heridos ó inutilizados en la guerra, no podían acompañarle á Roma, dióles en premio de sus servicios tierras en un lugar muy ameno en las cer- canías de Sevilla, al cual puso por nombre Itálica. Esta fué la primera ciudad que los romanos fundaron en España.

Por muy concisa y superficial que sea esta noticia sobre la fundación de Itálica, nos diéramos por satisfechos con tener otra semejante acerca de su destrucción, que no po- demos explicarnos — careciendo en absoluto de datos histó- ricos y de toda noticia transmitida por la tradición — de otra manera sino es diciendo que Itálica nació y vivió con nom- bre y cultura romana, y murió con el esplendor de la ciu- dad eterna, despojada de sus galas y preseas por los vándalos, los godos y los musulmanes, y abandonada por Sevilla, de quien estaba demasiado cerca para no inspirarle celos, y de quien no pudo ser protegida, teniendo ésta bastante que hacer con atender á su propia conservación. — (*Guichot.*)

TRÍPTICO DE MOSÁICO (SIGLO XVI)

Todavía se conservaba en este siglo la tradición de los preciosos trípticos que en el siglo XIV fueron el encanto de los artistas, y de las personas piadosas y de buen gusto. El nombre de tríptico viene del griego y significa *tres veces*, porque se plegaba tres veces, y recibía el de díptico ó políptico, según constaba de dos ó muchas hojas ó tablas.

El que representa nuestro grabado es propiamente políptico; pero desde el siglo XIII se dió el nombre de tríptico, no ya á los cuadros que se plegaban, sino á los que constaban de varias secciones ó compartimientos.

La pintura, la escultura, el esmalte y el mosaico fueron aplicados á la ornamentación de estos piadosos objetos, conservándose en iglesias y museos interesantísimos ejem- plares, ora para la historia del arte, ora para el esplendor del arte mismo.

El que representa nuestro grabado es florentino y está construido con mosaico, arte en el cual los italianos, to- mándolo de los orientales, han hecho prodigios, sobre todo los de Roma, donde todavía, á la sombra del Vaticano, se conserva una escuela admirable.

Este tríptico es gótico florido y está ejecutado con una precisión encantadora.

FRAY JUAN DE LA CONCEPCIÓN

hábil platero del siglo XVII.

Hé aquí un artista formado en el claustro, cuya fama no ha pasado apenas de los libros de los eruditos. Platero habi- lísimo, aprendió su facultad con Fray Eugenio de la Cruz, también religioso jerónimo, y ambos trabajaron varios re- licarios para el real monasterio del Escorial, unos cande- leros y otras fundiciones de bronce para su panteón, y por el esmero con que desempeñaron estas obras Felipe IV dió á cada uno una pensión de 200 ducados. Fray Juan de la Cruz vivió oscurecido en el claustro, y de su vida no han quedado otras noticias que el esplendor de sus obras. No puede decirse otro tanto de los artistas mundanos, que tra- bajan para su gloria y no para la de Dios, y lo sacrifican todo á los aplausos de los hombres.

SAN LEANDRO, OBISPO DE SEVILLA

(Conclusión)

Ya se ha dicho que Sevilla era un pueblo fervoro- samente católico en su gran mayoría. Cuando vió que su Rey, aquel mismo año de 579, recibía el bau- tismo, y que el presunto sucesor del trono hispano profesaba públicamente la fe del concilio de Nicea, no pudo contener su entusiasmo y se alzó contra Leovigildo, que, ardiendo en saña y furor, trató de hacer apostatar á su hijo, primero por la persuasión, y luego por la violencia: San Isidoro condena la re- belión de San Hermenegildo; pero bien se deja ver por los historiadores contemporáneos que fué obli- gado á ella por el ardor de sus vasallos, que anhe- laban por sacudir el ominoso yugo que hacía cerca de dos siglos pesaba sobre su conciencia. Como quiera que fuese, la persecución de Leovigildo y Gos- wintha á los católicos llegó á su auge en 580, y el rey visigodo llamó á los suevos de Galicia para que le auxiliaran contra su hijo. Este, por su parte, apeló á los imperiales de Cartagena; pero cuando venían de las costas de Levante á socorrer al rey de la Bé- tica, católico como ellos, se dejaron sobornar por el arriano visigodo y se pusieron al servicio de los he- rejes. Prueba de la corrupción que reinaba á la sazón en la provincia bizantina.

Esto no obstante, San Leandro emprendió enton- ces un viaje penosísimo á Constantinopla como em- bajador de los visigodos por asuntos de la fe: *pro causis fidei*, según dice San Gregorio, que á la sazón se hallaba en aquella capital del imperio de Oriente, donde conoció al Obispo de Sevilla. ¿Qué negocios eran éstos? No se sabe: supónese con algún funda- mento que Leandro iría enviado por Hermenegildo á solicitar la intervención del piadoso emperador Tiberio Constantino; pero como el nombre de visi- goda más bien puede aplicarse á la corte de Toledo que á la sevillana, no parece imposible que la lega- ción fuese de Leovigildo para encontrar algún ar- reglo en las cosas de su reino, ciertamente muy comprometidas con la sublevación de los católicos. Ello es que San Isidoro, hermano menor, disci- pulo é hijo afectivo de San Leandro, no apueba la sublevación; lo cual induce á sospechar que tampoco el Prelado hispalense debía de mirarla con buenos ojos; y siendo así, fácil es que la misión á la capital del Imperio fuese de paz y de avenencia entre los dos príncipes, padre é hijo, paz y avenencia de la que resultasen gananciosos los intereses cató- licos, únicos, según San Gregorio, que motivaron el viaje del Obispo á Constantinopla. La primera ver- sión, esto es, que San Leandro fué á la antigua Bi- zancia á ruegos de San Hermenegildo, está general- mente admitida, y parece, en efecto, la más proba- ble; pero si, como dicen, se trataba de establecer alianza con el Emperador para fundar en España un reino completamente católico, ó de una mediación de Tiberio Constantino para arreglar las diferencias entre el padre y el hijo, la embajada no produjo ningún resultado, quizá por la muerte del Empera- dor, acaecida el año 582, en que San Leandro de- bía hallarse todavía en Oriente.

Pero el viaje tuvo otro efecto de la mayor impor- tancia en la vida del metropolitano de Sevilla.

Era entonces Constantinopla emporio de divinas y humanas letras, y Leandro, que poseía el griego y el hebreo, y manejaba como propia la lengua latina, profundo conocedor de las Santas Escrituras, gran teólogo y poeta sagrado, se hizo al momento lugar entre los sabios que allí descollaban, y principal- mente con Gregorio el Grande, Cardenal, Diácono y Legado del Sumo Pontífice Pelagio II, monje be- nito y doctor admirable, que algunos años después había de brillar en la Santa Sede. Santos los dos, monjes ambos de la misma regla, con unas mismas aficiones literarias y celo igual por el bien de las al- mas, se conocieron pronto y se amaron entrañable- mente, consultándose con mutuo afecto y confianza

acerca de los planes y obras para la propagación de la fe. El metropolitano obligó, por decirlo así, al Legado apostólico á componer la exposición del li- bro de Job. San Gregorio se lo prometió, y poco después cumplió su promesa, dedicándole la obra y confesando al remitírsela que la había escrito á so- licitud de nuestro Santo; *te petente*, porque tú me la has pedido; *te cogente*, porque tú me has obligado; añadiendo en otro lugar que la obra había sido es- crita para su reverencia el Obispo hispalense. Soste- nido éste por tantos estímulos, enardecido en el pensamiento de toda su vida, que fué el de la con- versión de los herejes que dominaban á España, volvió á su diócesis cuando todavía duraba el cerco que el rey de Toledo, con los suevos, los godos y los imperiales tenía puesto á la capital del reino de Hermenegildo. Este quedó vencido; el padre entró en Sevilla al cabo de cuatro años de asedio, hizo prisionero en Córdoba á su hijo y desterró á Lean- dro á Cartagena.

Triunfaba, pues, el arrianismo por completo: mas no por eso cesó nuestro Santo de combatirlo, sin que por un instante siquiera desmayaran su fe y su gran confianza en Dios. En el destierro, y sufriendo lo que no es decible por hallarse lejos del rebaño que el Señor le había confiado, teniendo que vivir en medio de las tropas imperiales que por un puñado de oro habían hecho traición á San Hermenegildo, combatiendo por la causa de los arrianos, Leandro no permaneció un solo día ocioso, y ya que de otra manera no podía pelear contra la herejía, tomó la pluma y escribió contra los dogmas heréticos dos libros riquísimos en erudición de la Sagrada Escri- tura, con los cuales patentizó é hirió de muerte con enérgico estilo la pravedad de la impiedad arriana. Escribió también otro opúsculo de polémica contra los mismos errores, oponiendo á cada cual su res- puesta. No sabemos si fué entonces cuando compu- so para su hermana Santa Florentina el libro de *Regla ó Instrucción para las vírgenes* y del *Desprecio del mundo*. Pero ello es que, cuando más ocupado estaba en defensa de la religión y más distante, al parecer, del término de las ansias de toda su vida, Dios le acercaba al logro de sus deseos.

Leovigildo, que había reunido en Toledo un con- ciliábulo de Obispos arrianos á fin de inventar fór- mulas capciosas con que atraer á los católicos á la herejía, haciéndoles creer que seguían siendo cató- licos; Leovigildo, que se había apoderado de los bie- nes de las iglesias, tratando de reducir al clero por el hambre y la miseria; Leovigildo, que después de vencer á su hijo le había degollado por no poder domar su constancia heroica en la fe, poco después de tan bárbaro atentado se ve próximo á la muerte, y abriendo quizá los ojos á la luz por los recientes escritos de San Leandro, siente en su conciencia el pesar de haberlo desterrado. Ello es que en el lecho de muerte llama á su hijo Recaredo, probable suce- sor suyo después del martirio de Hermenegildo, y le encarga que levante el destierro del metropoli- tano de Sevilla y se deje guiar por sus consejos. Es más: Leovigildo llegó á suplicar á San Leandro que no desamparase á Recaredo. En vista de este suceso humanamente inexplicable, y de todos modos ex- traño, singular y misterioso, no faltan autores que sospechen la conversión *in extremis* del monarca vi- sigodo; pero San Gregorio Magno nos dice que no llegó á profesar la religión católica contenido por respetos humanos, quizá por temor á su esposa Goswintha y á los mismos magnates, enriquecidos con el despojo de los católicos.

Muerto Leovigildo el año 586, quedó inmediata- mente y por unanimidad elegido Recaredo, siendo el primer acto de su reinado levantar el destierro de San Leandro, quien pagó esta merced convirtiendo al Rey al Catolicismo. Mucho tuvo que esforzarse el metropolitano de Sevilla; mucho que impetrar del cielo tan soberana gracia; porque Recaredo, hereje y tan obstinado en el error como su padre, estaba sostenido por Goswintha, á quien amaba como ma- dre, y por los Obispos arrianos, tan interesados en la separación de la Santa Iglesia Romana. Pero la gracia de Dios triunfó de todo, y á los diez meses, poco ó más menos, de haber empuñado el cetro, es decir, á principios del año 587, Leandro tuvo el inefable gozo de bautizar al primer rey católico de España, sin que después se haya sentado en el trono ninguno que no haya recibido el santo crisma por mano de la Iglesia.

La ceremonia, como nos lo advierte Fredegario, se verificó secretamente: San Leandro, director es- piritual del monarca, era un varón en quien, sobre todas las dotes de que estaba enriquecido, sobresa- lía la prudencia, y no quiso que se solemnizara un acto tan glorioso y transcendental hasta que tuviese debido complemento. El bautizo del Rey era solo el principio del fin para el arrianismo. Para lograr su completa desaparición aconsejó el Prelado al nuevo

monarca que reuniese á los Obispos arrianos, á los nobles y personas de la real familia que aun perseveraban en el error, y Recaredo así lo hizo: Goswintha, los Obispos arrianos, los optimates y magnates declararon que estaban dispuestos á seguir el ejemplo del Rey. Pero, ¿procedían con sinceridad? Los hechos los desmienten.

No contento Recaredo con haber exhortado á los Obispos arrianos para que se convirtieran, lográndolo sin la menor violencia, como testifica San Juan de Biclará, reunió en una casa todos los libros heréticos y los entregó á las llamas. Decretó además la restitución de los bienes que los Reyes predecesores suyos habían usurpado á las iglesias, y no satisfecho aún, viendo la necesidad del culto y la orfandad en que habían quedado los fieles tras tantos años de separación de la Sede Pontificia, se dedicó á fundar iglesias y monasterios, dotándolos convenientemente, y restituyendo á cuantos Obispos ortodoxos estaban todavía desterrados por orden de Leovigildo.

Todas estas medidas de rigurosa justicia, aconsejadas por San Leandro, fueron la piedra de toque para probar las verdaderas conversiones, y distinguirlas de las falsas y debidas meramente á respetos humanos. Sunna, obispo de Mérida, con un magnate llamado Segga, se pusieron al frente de la primera conspiración contra los católicos. Pero, descubierta poco antes de estallar, fué sofocada con el castigo de sus autores. Al año siguiente se rebeló otro Obispo llamado Uldila con la reina viuda Goswintha. El Rey desterró al Prelado arriano, y Dios llamó á sí á la Reina, llevándosela para juzgarla por toda la eternidad. Inmediatamente después se sublevaron los nobles arrianos de la Galia Narbonense, que formaba parte integrante de la monarquía española. Auxiliados los rebeldes por el rey de Francia, é instigados por el Obispo arriano Atálogo, reunieron un formidable ejército de sesenta mil combatientes, á los cuales Recaredo sólo pudo oponer 300 hombres. Y, sin embargo, conducidos

por el divino poder, los trescientos derrotaron á los sesenta mil. Hecho que pudiera ponerse en duda si no lo atestiguase el Biclarense, que á su calidad de santo y escritor contemporáneo, agrega la de ser el más verídico historiador de todos los de su tiempo.

Confirmada ya por la muerte de Goswintha y por tan milagrosa victoria la paz del reino, quiso Leandro que la unidad católica recibiese la sanción de un Concilio que fuera en España lo que el ecuménico de Nicea había sido para la Iglesia universal.

El día 8 de Mayo del año 589 hallábanse reunidos en Toledo unos setenta Obispos españoles, personalmente los más, y solo seis ó siete representados por sus vicarios. Verificóse la reunión, según se tiene por más probable, en la iglesia de Santa María, durante muchos años profanada por los arrianos, y gracias al celo de Recaredo reconciliada ya con la cátedra de San Pedro. Celebrábase el Concilio nacional tercero de los congregados en aquella Corte y el más célebre de cuantos había ha-



RECUERDOS DE ANDALUCÍA.

1 y 2. Cantadores sevillanos.— 3. Soportales en Triana.— 4. Un apunte de la feria de Sevilla.— 5. Ruinas de Itálica.

vido hasta entonces y hubo después en España, no sólo por la nunca vista asistencia de tanto Prelado, sino por los sucesos gloriosísimos é indelebles de que iba á ser testigo. Presidía la asamblea Mazona, Obispo católico de Mérida, como el más antiguo de los cinco metropolitanos allí presentes, varón de grandes letras, y acérrimo y probado confesor de la fe; ocupaba el segundo lugar Eufimio, de Toledo, no menos esclarecido en virtud y sabiduría, y el tercero, Leandro de Sevilla, que los eclipsaba á todos, y que había inspirado al Rey la idea de aquella reunión y todo lo había dispuesto y preparado. Asistían Flavio Recaredo y la reina Bada, ocho Obispos arrianos, todos ellos godos ó suevos, á juzgar por sus nombres, cinco grandes magnates hasta poco antes contaminados de aquella espantosa herejía que, nacida en el siglo IV, de la noche á la mañana se había enseñoreado del orbe católico. El pueblo llenaba el resto de la Jerusalén, como se llamaban entonces las catedrales, y los que dentro no cabían, circundaban ansiosos los alrededores del edificio.

Aunque, según se ha dicho, el bautismo de Recaredo había sido secreto, era ya sabido, y aun notorio, que el Rey, la real familia, los Obispos disidentes y principales cortesanos pertenecían al gremio de la Iglesia. Pero el monarca, aconsejado por San Leandro, quería confirmar, robustecer y sancionar el hecho, hasta cierto punto envuelto en sombras y meticolosidades. El y todos los suyos habían recibido el agua bautismal; pero faltaba que bautizar, por decirlo así, á la monarquía española.

El acto con tan vivas ansias esperado, solemne, decisivo, fundamental, había de llevarse á cabo aquella misma mañana. El Rey, después de dar cuenta pública á los Padres del Concilio de su conversión y la de todo su reino, presentó la profesión de fe y la abjuración de la herejía arriana que hacía con la reina Bada, su esposa, en los términos del símbolo niceno, tan explícitos y terminantes como era de suponer y se podía exigir. Tanto la declaración, como la suscripción final ó antefirma de entrambos monarcas, estaban revelando, no sólo el

esplendor de la fe, sino el calor de la piedad, la ternura del corazón, y la clara y sobrenatural visión de las verdades reveladas. Aquello ni se finge, ni se recibe prestado: es obra de la divina gracia, que inunda de luz el entendimiento y derrite las entrañas en amor.

Prelados y clérigos, magnates y gardingos, nobles y siervos, godos y romanos, prorrumpieron sin poderse contener en vivas aclamaciones, elevando las manos al cielo, cuajados en lágrimas los ojos, queriendo todos como abrazar al Rey, y estrechando desde luego sus almas en un mismo sentimiento de fervorosa piedad, nuncio de la grande unión que desde entonces para siempre había de imprimir carácter á la monarquía española; el sentimiento de Pelayo en Covadonga, de los reyes católicos en Granada, de Carlos V y Felipe II al tremolar el morado pendón de Castilla contra las huestes del Protestantismo, el generoso entusiasmo de la guerra de la Independencia en nuestros días.

«¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu



TRÍPTICO DE MOSAICO, SIGLO XVI.



tu Santo! exclamaba al propio tiempo el coro en armoniosos cánticos, significativamente divididos en tres estrofas: ¡Gloria á Nuestro Señor Jesucristo, que redujo á la unidad de la fe á nuestra nación, y nos reunió en un rebaño y con un Pastor.

¿Para quién la eterna corona, sino para nuestro ortodoxo rey Recaredo? ¿Para quién el mérito eterno? ¿Para quién la gloria presente y la eterna, sino para Recaredo, amador de Dios?

El es el conquistador de estos nuevos pueblos que entran en la Iglesia: obtenga verdaderamente el mérito apostólico, pues que cumplió con el oficio de apóstol, y sea siempre amado de Dios y de los hombres.

En seguida se preguntó á los ocho Obispos arrianos, presbíteros, diáconos, nobles y magnates que se hallaban presentes si tenían algo que añadir ó quitar á la profesión de fe suscrita por las reales personas, y contestaron que, aunque ya se habían convertido á la fe ortodoxa abjurando los pasados errores, con todo, se adherían con el mayor gusto á la nueva declaración, escribiendo otra semejante y firmándola de su propia mano.

En vista de aquel resultado todos volvían los ojos al metropolitano de Sevilla, reconociéndole como autor de tantas maravillas y apóstol de los godos. Su hermano San Isidoro así lo proclama en estas terminantes palabras: «Varon de dulce palabra, de superior ingenio, esclarecido en su vida y doctrina, para que con su fe y su tacto las gentes de los godos se convirtiesen de la locura arriana á la verdad católica.» Así lo reconoce también el mismo Recaredo al escribir al Papa dándole cuenta de todos estos acontecimientos; así, por fin, el Biclavense: *Summa Synodalis negotii penes Sanctum Leandrum, Hispanensis Ecclesie Episcopum.*

Henchido de gozo el Santo Prelado, cerró el Concilio con un magnífico sermón acerca de la unidad católica, en el que, rebosando el gozo que hervía en su corazón de padre y Prelado, leemos estas palabras que, confirmando divinas promesas, deben ser saboreadas por los católicos, y más en tiempos calamitosos como los presentes: «Si queda, pues, alguna parte del mundo, alguna gente bárbara no iluminada por la fe de Cristo, no dudemos que al cabo ha de creer y venir á una sola Iglesia si tenemos por verdaderas las palabras de Dios. Ya, pues, ¡oh hermanos! ha recobrado la bondad el puesto que la malignidad le tenía usurpado, y al error ha sustituido la verdad, para que, si la soberbia tenía separadas las gentes con la diversidad de las lenguas, las junta y llama otra vez la caridad á un solo gremio de humanidad; y así como es el Señor, único poseedor del mundo, de igual modo para que su posesión sea un solo corazón y un pensamiento solo: *Ven á mí—dice—y te daré la gente por herencia y para tu posesión los confines del mundo.* Por esta causa se propagó el género humano de un solo hombre; para que los que de uno solo procedieran tuviesen un solo consejo, y buscasen la unidad y la amasen.»

Después de este Concilio, en que la unidad católica quedó hasta nuestros tiempos instalada en España, parece que San Leandro podía exclamar con Simeón: «Ahora, Señor, si que puedes sacar de este mundo en paz á tu siervo», porque sus ojos habían visto la salvación por tantos años esperada. Pero aun le quedaban algunos días más de vida hasta dejar consolidada la obra que Dios le había encomendado, y purificarse más y más para dormir tranquilo y reposar serena la frente en el regazo del Señor.

Inmediatamente después del Concilio toledano III, y de haber dejado bien arreglados con el Rey los negocios eclesiásticos, volvió San Leandro á Sevilla, y en el siguiente año de 590 convocó y presidió el Sínodo hispalense I, que, aunque provincial, fué confirmado por San Gregorio Magno, que acababa de ser consagrado Papa.

Nos faltan las actas de este Concilio, pero se sabe que fué celebrado en la Jerusalén ó catedral el 4 de Noviembre, con asistencia de ocho obispos sufragáneos, y que en él se establecieron muchas cosas pertenecientes á la fe, á los derechos de la Iglesia y á la disciplina para llevar á cabo todo lo dispuesto en el nacional de Toledo.

Era el nuevo Sumo Pontífice grande amigo, como sabemos, de San Leandro. Esta amistad no se entibió, por cierto, con el engrandecimiento de San Gregorio, el cual mantuvo con el metropolitano de Sevilla la más edificante correspondencia. Asombran y enternecen hoy mismo las expresiones de cariño y las muestras de respeto con que el Sumo Pontífice le trata: confiesa San Gregorio que le amaba con vehemencia, que le miraba con predilección sobre todos los demás, y como un enamorado declara que llevaba la imagen de su rostro impresa en las entrañas de su corazón: *vultus tui imaginem intra cordis viscera impressam porto.* Acerca de otra carta de San Leandro, le contesta el Papa, según el extracto que hace de ella el Padre Florez, que estaba

dictada con tanta piedad y eficacia de devoción que, leída en presencia de muy buenos y sabios varones, movió á compunción las entrañas de todos, obligando á cada uno á poner en su corazón al santo metropolitano, por cuanto en sus cláusulas no precisamente ofan, sino que sentían la dulzura de su espíritu. A un mismo tiempo se admiraban y se encendían en amor, dando el fuego de los oyentes clara muestra de cuanto era el ardor del que escribía, porque las hachas no encienden á otras si primero no están ellas encendidas. «Vimos, pues—añade el Santo Papa—con cuánta caridad arde tu espíritu, cuando así logró inflamar á los demás.»

El testimonio es precioso, y sin necesidad de mucho encarecimiento nos da á conocer la inefable caridad, la gran virtud y santidad del alma de nuestro bienaventurado, que indudablemente debía de tener ese atractivo singular de las almas escogidas que arrebató los corazones.

Cuántos contemporáneos tuvieron la dicha de tratarle hablando de él con la misma ternura: así Recaredo en la carta que dirigió al Papa; así éste, así San Isidoro; prueba evidente de la atracción irresistible, de la dulzura y afabilidad de su carácter y del profundo respeto que su virtud á todos inspiraba. Ni se limita el Santo en sus cartas á la expresión de afectos de piedad ó de caridad cristiana; abraza puntos de doctrina sobre los cuales sostuvo además correspondencia en griego con San Juan el Limosnero, patriarca de Constantinopla.

Por estas cartas y otras muchas que sobre varios asuntos místicos y doctrinales dirigió á Prelados y personas piadosas, se sabe que Dios quiso probarle más y más en los últimos años de su vida enviándole el padecimiento de gota, cuyos dolores sufría con admirable paciencia y alegría espiritual. Empleábase el Santo en componer himnos y oraciones para el oficio divino, en cuyo arreglo precedió á su hermano San Isidoro. A él se debe, entre otras cosas, la introducción del símbolo en la misa muzárabe, la composición del oficio de San Vicente y el sermón que en la fiesta del Santo fué por mucho tiempo atribuido á San León. Esto y el cuidado de sus hermanos, cuyo padre y maestro continuaba siendo, y la dirección espiritual del Rey, sobre la perseverancia del cual vigilaba incesantemente, el bien de sus diócesanos por quienes se desvivía, le tuvieron ocupado y aun embebecido hasta que le llegó la hora de la muerte.

Al borde del sepulcro se hallaba, según lo más probable, cuando recibió el palio que el Papa San Gregorio le enviaba para que usara de él en las misas solemnes. Era entonces este adorno ó vestidura rarísimo en la iglesia de Occidente: en España ningún Obispo lo había recibido jamás. Solía concederse á repetidas instancias, ó por grandes méritos, según declara el mismo San Gregorio. La excepción era enviarle cuando las virtudes y servicios del agraciado eran tan relevantes y notorios que le dispensaban de toda solicitud. San Leandro, ni lo había pedido, ni lo esperaba siquiera; porque, lo repetimos, jamás hasta entonces se había concedido á ningún Obispo en España. El Papa, en carta dirigida á Recaredo, dice terminantemente que transmite el palio al Obispo de Sevilla, atendiendo á la bondad y gravedad del Prelado, y queriendo también honrar en él las buenas costumbres del Rey, á quien Leandro miraba como hijo.

Si, como parece, le llegó al Santo hallándose á las puertas del sepulcro, gran consuelo le envió Dios y gran prueba además para su profunda humildad. Que salió victorioso de esta prueba lo testifica San Isidoro, que en aquella época de muertes tan edificantes, que hoy nos parecerían inverosímiles por la penitencia de que nos dan ejemplo, califica de *admirable* la muerte de su hermano.

¡Admirable vida, admirable muerte, admirable obra la de este Santo, á quien religiosa, civil y literariamente debemos tantos beneficios! Postrémonos todos, ya que ser no puede ante su lecho de cenizas, ante sus venerandas reliquias, que se conservan en Sevilla; postrémonos humildes y contritos, pidiendo á Dios por su intercesión que nos conserve la unidad católica, hoy ya tan quebrantada; y principiando por nuestra propia confesión de la fe, por nuestra propia santificación, pidámosle que en España nunca resuene otra confesión que la del símbolo niceno proclamada por el Santo en los Concilios de Toledo y de Sevilla. ¡Ah! ¿Por qué no hemos recurrido antes con incesante fervor al sepulcro de San Leandro para pedirle, con la unidad católica, la salvación de España y nuestra propia salvación? Aun es tiempo: que sea de hoy en adelante San Leandro bendito patrono y protector de los que quieren que en todo el orbe, y principalmente en su patria, no haya más que una fe, un pastor y un sólo rebaño.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

LA SANTA HERMANDAD

juzgada por un extranjero.

El derecho, ó para hablar mejor y más propiamente, el deber de toda sociedad bien organizada, consiste en defenderse y amparar sus más queridos intereses, al frente de los cuales debe colocarse la justicia, de donde emanan la paz, el trabajo y la fortuna pública, triple aspiración del hombre verdaderamente digno de este nombre y de toda nación cristiana.

No cabe duda en que al poder civil incumbe proporcionar en la medida necesaria é indispensable estos bienes, ó por lo menos el facilitar los medios de proporcionárselos; pero cuando por las desdichas de los tiempos ó por otras circunstancias es impotente el Estado ó se manifiesta desarmado para asegurar esta protección eficaz, á la nación misma, á lo más florido de ella, compete el desempeñar este sagrado cargo, este imperioso deber que emana de la Religión, y asegura la paz pública con el sostenimiento de la justicia y de sus imprescriptibles derechos.

El ejemplo que nos ofrece España al través de las grandes y terribles convulsiones políticas del siglo xv, prueba elocuentemente la verdad del aserto que acabamos de sentar.

El rey Fernando y la reina Isabel, en medio de las preocupaciones de la guerra, no olvidaron indudablemente los intereses de la justicia, ni mucho menos. Pero bajo el reinado de D. Juan II y de D. Enrique la fuerza bruta y la violencia constituían toda ley. Muchas gentes de guerra, acostumbradas á vivir de la rapiña y el saqueo, preferían el bandolerismo á todas las profesiones honradas; así se comprende que el número de los malhechores se hubiese aumentado más allá de toda medida. España se hallaba infestada de bandidos, que impunemente cometían todo linaje de maldades: la violación, el rapto y el sacrilegio, el robo, el incendio y el asesinato contra estos hombres desalmados que no temían á la justicia de Dios ni á la del Rey, debían defender los ciudadanos, no sólo sus bienes, si que también sus personas, sus mujeres é hijas. Inmensa era la muchedumbre de estos bandidos... y Fernando, lo mismo que Isabel, habían formado el empeño de poner término á todas estas abominaciones. Pero la justicia del país era impotente para prender á los culpables... no obstante, las ciudades, y sobre todo los pueblos, tenían el mayor interés en ver castigados estos crímenes, que á cada paso comprometían la hacienda y la vida de los habitantes. Por tanto, el Rey confió á las ciudades y los pueblos la misión de velar por la tranquilidad pública; y como cada ciudad y cada población, tomadas aisladamente, hubieran sido harto débiles para oponerse á los ataques de los malhechores, reuniólas para formar una grande asociación fraternal, que en España recibió el nombre de *Hermandad*. Su principal tarea consistía en velar por la seguridad de los caminos y en reprimir todos los crímenes cometidos en los campos. Sentóse el principio de esta asociación en las Cortes congregadas en Madrigal el año 1476. El mismo año reunióse en Dueñas una asamblea de diputados de las principales ciudades del reino, á fin de organizar aquella Hermandad. Acordóse el establecimiento de un fondo especial que sirvió para formar un cuerpo de 2.000 ginetes y un considerable número de peones, y dióse el mando de esta fuerza á D. Alfonso, duque de Villahermosa y hermano del Rey, quien, poniéndose á su frente, emprendió la persecución de los bandidos con actividad infatigable.

El establecimiento de esta Hermandad sólo podía ser temporal, como las circunstancias que la habían producido; así, pues, en las Cortes reunidas en Madrid en 1498 prorrogóse su existencia por tres años...

Al principio, la organización de la Hermandad era en gran parte militar: por consiguiente, las tropas de que podía disponer fueron empleadas por Fernando y por Isabel en sus guerras contra los musulmanes. Mientras duró la guerra no sufrieron alteración alguna los primeros estatutos de esta asociación; pero así que fué destruido el reinado de los moros, Fernando é Isabel, por medio de su pragmática del 7 de Julio de 1496, modificaron las bases de aquella Hermandad. Por medio de otra ordenanza dada en Zaragoza el 29 de Julio de 1498 descargaron á las ciudades y á los campos de la contribución que venían pagando durante veinte años para el sostenimiento de esta institución, y á partir del año 1498 el tesoro real quedó encargado de atender á los gastos de la Hermandad. No se introdujo cambio alguno en el objeto de esta asociación ni en sus primitivas atribuciones. Si se le da el nombre de *Santa Hermandad* no es por referirse en manera alguna á materias religiosas, sino — dice

Hernando de Pulgar — por *ser cosa santa la que se refiere al servicio del Rey y á la administración de la justicia*. Ella tuvo siempre por único objeto la persecución de los crímenes y delitos cometidos en los campos; son muchas, no obstante, las personas que creen que fué una dependencia del Santo Oficio, error acreditado por todos los malos novelistas que han escrito sobre las cosas de España. Hé aquí el texto mismo de la ley en que Fernando é Isabel establecen las atribuciones de esta Hermandad:

«Además, mandamos y ordenamos que ahora y en adelante la Junta general, los individuos de nuestro consejo de la Hermandad, los jueces, comisarios nombrados por ellos en nuestro nombre, así como nuestros alcaldes de la Hermandad para todas las ciudades, villas y arrabales, valles, cuarteles ó elecciones de nuestros reinos y señoríos, deben conocer y conocer como caso de su incumbencia, y tan sólo como caso de Hermandad, de los crímenes y delitos que aquí se especificarán, y no de otro alguno.

» Es decir, de las vías de hecho, de los robos y secuestros de los bienes muebles y animales, del rapto ó violación de toda mujer...

» Debe considerarse también como caso de la Hermandad, cuando los malhechores, después de cometer el delito en un lugar poblado se escapan por los campos llevándose consigo los objetos que robaron ó ocultaron, ó bien con las mujeres de que se apoderaron por la fuerza.

» Deben considerarse de la misma manera como casos que incumben á la Hermandad las prisiones en los caminos reales, los asesinatos y heridas cuando el crimen fué cometido en lugar desierto y despoblado, y cuando los golpes fueron dados con premeditación ó alevosamente, ó con traición ó perfidia, ó bien cuando tuvieron por objeto coadyuvar á un rapto, aun cuando el robo ó el rapto no se hubiesen consumado.

» De la misma manera son casos que incumben á la Hermandad la detención en una prisión particular ó el arresto arbitrario consumado en lugar desierto, ó bien en sitio poblado, si el culpable condujo á su prisionero al campo, ó bien si detuvo á un dueño de granja ó á un colector de nuestras rentas reales, para ir al campo á cobrar ó pedir las referidas rentas, aun cuando no le haya sido posible llevar fuera al prisionero.

» Son igualmente casos de la incumbencia de la Hermandad los incendios de las casas, viñas y cosechas, y de los palomares, consumados voluntariamente en un lugar desierto ó despoblado. Y para establecer cuándo existe en alguno de ellos el caso en que debe intervenir la Hermandad, se entenderá por lugar desierto ó despoblado el recinto no cerrado que cuente, por lo menos, con treinta moradores. También debe considerarse como robo ó hurto consumado, aun cuando el dueño del objeto robado no haya estado presente al delito, y haya habido ó no en él resistencia por su parte.»

Por último, lo restante de esta ley se destina á clasificar también entre los delitos que deben ser penados por la Hermandad todos los atentados cometidos y cualquier acto de violencia ejercido contra algún miembro de la Santa Hermandad durante el desempeño de su cargo ó con motivo de él.

Los dependientes subalternos de la Hermandad llevan el nombre de *Cuadrilleros*, y son escogidos y pagados por las ciudades y los pueblos, y el número de cuadrilleros que debe sostener cada localidad se halla en proporción al número de sus moradores.

En cada ciudad, villa ó aldea de treinta habitantes ó de mayor número de ellos, se eligen dos alcaldes de la Hermandad. Nadie puede rehusar este cargo, bajo pena de una multa y de destierro. Los alcaldes elegidos pueden ser reelegidos indefinidamente, y llevar donde quiera la *vara* de alcalde, y para los actos de su competencia revisten toda la autoridad que concede la ley á los demás magistrados.

Cuando les ha sido denunciado un delito ó crimen, ó cuando llega á su noticia de cualquier manera que sea, los cuadrilleros deben emprender la persecución del malhechor y reclamar el auxilio general para que lo persigan, mandando repicar las campanas de todas las parroquias por donde pasen á fin de que de todas las poblaciones salgan en persecución de los culpados.

Cuando los cuadrilleros hayan llegado á cinco leguas de distancia del punto de partida, deben señalar á los demás las huellas que sigue el malhechor. Así los cuadrilleros, como las demás personas á quienes llamaron, deben de esta manera sucederse unos á otros, y perseguir al criminal hasta apoderarse de él ó hasta que, huyendo, le hayan obligado á salir del reino.

Por último, para facilitar más y más la prisión de los culpables, todas las personas requeridas por los

alcaldes de la Hermandad deben prestarles auxilio y vigorosa ayuda.

La Hermandad tenía también su legislación penal. Las penas impuestas contra los ladrones componíanse las más veces de una multa y de un castigo corporal, hallándose graduadas según la importancia de los robos. Si el objeto robado llegaba al valor de ciento cincuenta maravedises, y á menos, el culpable era apaleado y pagaba una multa cuadruple del valor del objeto robado. Cuando se trataba de un robo cuyo valor ascendía de ciento cincuenta á mil quinientos maravedises, se cortaban las orejas al culpable y recibía cien latigazos; desde mil quinientos maravedises hasta cinco mil debía sufrir el ladrón la amputación de un pie, y se le prohibía bajo pena de muerte el montar nunca á caballo ó sobre una mula. De cinco mil maravedises arriba, se imponía al culpable la pena de muerte.

Es, pues, gran sinrazón — para valernos de los términos del *Gran diccionario enciclopédico del siglo XIX* — el confundir la Santa Hermandad con el Tribunal de la Inquisición; si los miembros de esta institución figuraban, bien en las ejecuciones, bien en los arrestos llevados á cabo por la Inquisición, sólo lo hacían como soldados encargados de la policía de las ciudades y de los campos.

La Santa Hermandad dejó de existir y fué reemplazada por una gendarmería española, calcada por el modelo de la francesa, y á la cual se da el nombre de *Guardia civil*.

Lo cual no ha sido obstáculo, bajo la primera restauración francesa durante los años de 1815 á 1830, para que los *liberales* revolucionarios — con la indigna mala fe que siempre los ha caracterizado — hayan pretendido, escrito y proclamado que se había formado una asociación con objeto de combatir el progreso, y cuya dirección se había confiado á los Jesuitas (naturalmente), pues no obraban, por otra parte, de otra manera; esta asociación fué calificada de *Congregación* por los folletínistas de aquel tiempo. A darles crédito, era una manera de Inquisición de traje corto que disponía de agentes subalternos, brazo secular de esos nuevos poderes opresores del libre pensamiento. Así, pues, según la falaz fraseología de los liberales de aquel tiempo, el nombre de *Santa Hermandad* había venido naturalmente á sobreponerse al de *Congregación*. Y por aquí se ve exactamente cómo se escribe la historia, según lo decía el patriarca de Fernex.

Acaba de verse lo que hay de verdad en semejantes alegatos; hemos tomado estos apuntes de dos hombres que fueron en su tiempo liberales bastante foribundos. De los señores F. Lavallée y A. Guérout.

C. BARTHELMY.

LOS TRAPENSES



DEMÁS de las calumnias de que los trapenses son víctimas, su existencia es más bien el tema de una leyenda que los ha rodeado de una admiración mal dirigida. Se representa á los hijos del abad Rancé como entregados á las prácticas de una mortificación trágica. — La Trapa, se dice, es una tumba; todo allí respira el pensamiento de la muerte; todo allí trae á la mente su imagen aterradora. Cada mañana, después del Oficio de la noche, los religiosos, colocados en dos filas, salmodiando las plegarias de los muertos, se dirigen al cementerio para dar un azadonazo en el sitio que les ha de servir de fosa. Durante el día los veréis pasear lentamente á lo largo de sus claustros con la frente inclinada y cubierta la cabeza con una inmensa capucha que no les permite ver la luz; jamás sonrisa alguna se dibuja en sus labios; jamás brilla un relámpago en sus ojos. Si se encuentran, se saludan descuidadamente con estas lúgubres palabras: *¡Hermano, morir debemos!* En el trabajo, la azada que levantan penosamente vuelve á caer sin esfuerzo de sus manos débiles y flacas. Un silencio de muerte los rodea, semejante á la inmensa túnica blanca que les sirve de sudario. Si sus mejillas están hundidas, si su frente está arrugada, si sus miembros están inertes, si su cuerpo está sin vida, efecto es todo de un fanatismo homicida, de que son víctimas. Su alimento, efectivamente, no se compone de otra cosa que de raíces cocidas con agua sola, sin sal ni otro condimento; su ayuno es perpetuo; su mezquina comida tasada, pesada, disminuida; su bebida es el agua salobre, á no ser que en los días de fiesta se regalen con cerveza agria y malsana. Unid á esto maceraciones que lengua humana jamás ha referido, y que se sospecha sean espantosas, implacables, mortales; añadamos aún la privación del reposo; ese sueño interrumpido á media noche después de solas cuatro horas de lecho duro

sobre el desnudo suelo, y tendréis la vida del trapense. — Así es, poco más ó menos, como Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, ha pintado la Trapa; así es como aún la conciben hoy muchos espíritus, á quienes agrada esta exageración romanesca.

La realidad es bien diferente de la leyenda: la regla de la Trapa encierra sin duda prescripciones que parecen muy duras á las personas de nuestras clases elevadas y habituadas á cierta molición; pero no están, sin embargo, tan alejadas de los que presidían á la vida de las clases menos acomodadas en nuestra antigua sociedad cristiana, siendo aún hoy en muchos puntos la vida de las gentes del campo muy semejante á la de los trapenses; y si la regla del abad Rancé supone en los que la observan el más elevado espíritu de la mortificación cristiana, no exige no obstante nada contrario á la prudencia y medida: la Iglesia en todo es opuesta al exceso y no alienta exageraciones de ninguna suerte; si, pues, aprueba las reglas de la Trapa, es porque están concebidas sabiamente.

Los trapenses, trabajando mucho como trabajan, tienen necesidad de sueño, y duermen seis ó siete horas. Su lecho consiste en un jergón de tela gruesa y lleno de paja: este lecho, muy duro al principio, concluye por parecer blando, y allí duerme el monje con un sueño profundo y tranquilo. El régimen alimenticio nada tiene tampoco de contrario á la higiene. El trapense no se priva de alimento, sino que, no excitando su apetito la delicadeza ni la multiplicidad de los manjares, no come más que lo necesario.

En la Trapa los alimentos son sanos y sustanciales: nada de carne y de pescado, sino vegetales aderezados con sal y aceite, servidos en vasijas bien limpias. Sin razón se nos presenta á los trapenses como sujetos á un ayuno perpetuo; pero este ayuno es largo y serio, y dura desde el 14 de Setiembre hasta las Pascuas. Durante este tiempo, según el antiguo uso de la Iglesia, los trapenses hacen una sola comida á medio día, y á las cinco de la tarde una ligera colación; y la experiencia prueba que todo hombre sano, en las condiciones generales de la vida en que están colocados los trapenses, puede atenerse á esta regla; además que en el claustro, como en el mundo, hay excepciones, y la severidad del régimen está restringida para los religiosos que no pudieran soportarla sin grave inconveniente. Tampoco respecto del silencio los trapenses están sujetos á regla á que no estén sujetos los demás conventos.

En cualquier parte en las casas de religión el silencio es de rigor fuera de las horas de recreo, y este mismo es el sistema que se sigue en los colegios, aun para los niños que, por razón de su edad, tienen particular necesidad de expansión. La diferencia entre los trapenses y las otras Ordenes consiste en que los primeros no tienen recreo jamás, porque en la Trapa no es necesario; porque allí se vive constantemente en sociedad, jamás en el aislamiento, ni durante el trabajo, ni en el reposo, ni en la oración.

Los ejercicios del cuerpo recrean suficientemente después de la oración, y hablar durante el trabajo sería una cosa de disipación poco religiosa ó un entretenimiento superfluo. Además, la ley del silencio no es una ley de mutismo, y el trapense tiene ocasiones varias de hablar. Puede siempre conversar con su Superior cuando de ello tenga necesidad; puede también hacerlo con aquellos de sus hermanos cuyo empleo exija el uso de la palabra. Fuera de aquí, la regla del silencio es un seguro guardian de todas las otras reglas, y más que nada del fervor religioso.

Quedan el trabajo y la oración; mas aun aquí nada hay de excesivo. La regla es algo diferente, según se trata de hermanos de coro ó legos; los primeros trabajan menos y oran más que los segundos. El religioso de coro dedica al trabajo el tiempo que no dedica á la oración, tiempo que es de unas siete horas. El hermano lego, que está menos tiempo en la iglesia, está más tiempo en el trabajo. Aunque el religioso de coro pueda y deba entregarse con cierta medida al trabajo del espíritu, es el trabajo de manos el que, sobre todo al principio de la fundación de un monasterio, absorbe todo el tiempo libre entre el sueño y la oración. Cuando un forastero llega á la Trapa, encuentra á todos los religiosos en la faena de sus labores con el Padre Prior en medio de sus hermanos: es una verdadera colmena trabajando, pero sin el zumbido.

En los monasterios trapenses no hay celdas particulares, todo se hace en comunidad: la oración, la lectura, el estudio, la escritura, todos los trabajos, en fin, se hacen siempre en común; hasta el lugar destinado al reposo es un dormitorio de comunidad, donde no hay más que alcobas divididas por un

simple tabique y cubierta la entrada por una cortina de algodón.

Cada abadía de trapenses tiene una hospedería para los forasteros. Allí no se les tasa el gasto; los que pueden dar algo lo dan, y los que no se marchan después de haber disfrutado gratuitamente de la mesa, donde se les hace lugar siempre. Algunos usos consagran además de una manera especial esta idea de hospitalidad. Todos los años, desde el 17 de Setiembre al 17 de Octubre, cada día, en el refectorio, en una mesa bien limpia con un crucifijo encima, se sirven dos comidas como las de los religiosos á dos pobres de la comarca. Es la parte de Dios ofrecida á dos de sus criaturas que sufren. Y cuando muere un religioso, durante un mes después de su muerte se le continúa sirviendo en el refectorio, como si estuviera presente, queriendo de esta manera que tenga el mérito de ofrecer su porción á algún pobre.

La muerte del trapense es sencilla como su vida. En cuanto cae enfermo se le rodea de los cuidados más delicados; la regla se dobla en su favor, y todo lo que le es útil se le concede. El Superior tiene poder para todo, y usa de él ampliamente; sin embargo, aun este mismo caso nada se concede al capricho de los deseos ni á la delicadeza de los sentidos; siempre es el pobre, pero el pobre en un lecho blanco. Si el mal se agrava, si el peligro se aproxima, se advierte al enfermo y se le prepara para recibir los Sacramentos, que se le administran en medio de sus Hermanos, que ruegan. Cuando se acerca la agonía, extienden en el suelo un paño de sarga, sobre el cual el reverendo Padre Abad hace una cruz con ceniza bendita y encima pone paja. En seguida el enfermo recorre el monasterio dando por intervalos cuatro golpes secos con la *tablilla de los muertos*, especie de *carraca* fúnebre peculiar de la Trapa para llamar á los Hermanos. Á esta señal concurre toda la Comunidad rezando el *Credo*, y al llegar á la enfermería se arrodillan todos en torno al moribundo. Se recitan las plegarias de los agonizantes, y se invoca el amparo de los Santos y los Ángeles para el moribundo, uniendo éste en apacible calma su voz á la de sus amados Hermanos. Después espira dulcemente, y pasa de la tierra al cielo tan sin ruido como vivió.

Cuando el enfermo ha espirado, los monjes destinados al efecto por el Padre Prior lavan el cadáver según el uso de los primeros siglos, vistiéndoselo luego con sus ropas de coro, y delante de este despojo mortal todos los religiosos, Padres y Hermanos, se suceden de dos en dos día y noche, velando y orando hasta el momento de darle sepultura. Los funerales son solemnes: parientes, amigos y hasta extraños son admitidos á ellos. El trapense debe ser depositado en su tumba revestido de sus hábitos de ceremonia, tal cual estaba en su lecho de muerte.

Las sepulturas de los trapenses tienen seis pies de largo, cerca de dos de ancho, y uno al menos de profundidad: parece que son bastante espaciales para un pobre monje trapense. No es exacto lo que se dice en el mundo de que en la Trapa cada religioso se abre su propia sepultura. Uno de sus Hermanos baja á la fosa antes que él, le recibe en sus brazos y le coloca suavemente en su última morada terrestre. Después de cubierto de tierra el cadáver, entona el cantor la antifona *Clementissime*, que es una bellísima deprecación al Señor en favor del alma del difunto, y la Comunidad, incluso el Abad, se postro sobre los artejos ó articulaciones de las manos ¹, y en esta posición repite por tres veces el *Domine, miserere super peccatore*. Terminado el canto, dice el oficiante las oraciones, y comenzándose los salmos penitenciales se retira la Comunidad á la iglesia.

Véase por estos detalles que la regla de la Trapa no es tan dura como se la supone: es una regla á la vez dura y suave, muy fuerte y muy sabia, por cuya

¹ Esta manera de orar postrados sobre los artejos es peculiar á la Orden de los Trapenses, y la emplean diferentes veces al día, especialmente en el Oficio de la Santísima Virgen y el *Angelus*, menos los domingos y en tiempo pascual, que lo rezan en pie.

El origen de esta costumbre es el siguiente: cuando el arcángel san Gabriel se apareció á Daniel en las márgenes del Tigris para revelar la sucesión de los imperios, el santo Profeta oraba en esta postura, según el mismo lo refiere en el cap. x, vers. 10 de su profecía, con el objeto, sin duda, de reverenciar á su Dios y Señor en la persona del que le hablaba en su nombre; y como ese mismo arcángel fué elegido más tarde para anunciar á la Santa Virgen, que oraba en un rincón de Nazareth, el misterio inefable de la Encarnación, la Orden ha adoptado esa postura á fin de venerar á la Santísima Virgen María, postrándose á sus pies, como en presencia de su Soberana, como débiles y tiernos polluelos que se cobijan bajo las alas de su madre, y teniendo por muy dichosos los trapenses en poder ofrecerle en esta humilde posición sus corazones, sus deseos, su amor y su confianza.

observancia los hijos del abad Rancé han transformado ciertas comarcas de la Francia, y van á colonizar la Nueva Caledonia!

EL BEATO RAIMUNDO

ABAD DE FITERO

Fundador de la Orden de Calatrava.



AMOS hoy á conmemorar una de las más importantes fundaciones de la Orden de Cister, que se halla íntimamente enlazada con la vida del santo abad de Fitero. Pero digamos antes quién fué este piadoso personaje. No están de acuerdo todos los historiadores sobre los primeros años del beato Raimundo. Los más de ellos aseguran que, después de haber estudiado durante mucho tiempo las ciencias humanas, sólo quería ocuparse en la ciencia de Dios, haciéndose ermitaño y pasando su vida en una soledad profunda. Otros afirman que fué canónigo de la catedral de Tarragona; pero es un hecho indudable, y en el cual todos los biógrafos están de acuerdo, que, atraído por la gran santidad de los monjes de Cister, entró en una abadía de esta Orden situada en la diócesis de Tarbes y denominada la Escala de Dios. Después de pasar tres años en la práctica más perfecta de los deberes monásticos, juzgósele digno de dirigir con el abad Durand una colonia de frailes cistercienses en Navarra, donde los llamaba hacía ya mucho tiempo la fe viva y el celo religioso de los cristianos rancios de España. Después de muchas tentativas, que no fueron coronadas de buen éxito, el proyecto monástico de fundar en el dominio noble y generoso Pedro Tizon, que les dió tierras y les edificó un vasto monasterio. Esto tenía efecto el año 1150, y el lugar en que ellos se establecieron llamábase Fitero. Al ocurrir la muerte de Durand, todos sus compañeros, los frailes, le dieron por sucesor al beato Raimundo. No necesitó el transcurso de los años para que el mérito del nuevo abad fuese conocido en todas las provincias de España no ocupadas por los moros. El rey de Castilla, Sancho III, le profesaba la más profunda veneración, y le donó desde el primer año de su reinado la fortaleza de Terrunga. Era éste un punto de importancia y muy útil en aquellos tiempos de guerras continuas para proteger á los frailes de Fitero contra las invasiones de los mahometanos. Los más importantes varones del reino solicitaban su amistad, porque confiaban mucho en la eficacia de sus oraciones, que debían protegerles en el fragor de los combates con más seguridad que los mejores ejércitos. Uno de ellos cobró tal afecto al abad de Fitero que resolvió abandonar el mundo á fin de recibir bajo su paternal dirección enseñanzas para salvar su alma. Era éste un famoso guerrero llamado Diego Velázquez, y él fué el instrumento de que se valió Dios para inspirar al beato Raimundo el atrevido proyecto que debía hacer tan ilustre su nombre en todas las Españas. Habiase trasladado el abad de Fitero á Toledo, para tratar con el rey de Castilla de algunos importantes negocios, y quedóse dolorosamente sorprendido al ver á aquel Príncipe cada vez más alarmado por los progresos que hacían los moros en el país de la cristiandad. No eran exagerados estos temores, porque acababan de recibirse noticias de que Calatrava, plaza fuerte situada al extremo de la frontera, se hallaba seriamente amenazada por los infieles. Los templarios, á quienes el rey Alfonso, padre de Sancho III, había confiado la defensa de esta ciudad, conquistada por la fuerza de las armas, habíanla abandonado, no atreviéndose á defenderla contra los ejércitos musulmanes que se aproximaban á ella. Por tanto, el rey de Castilla había ofrecido la posesión de esta plaza á quien quiera que se sintiese con bastante valor para defenderla contra los sectarios del falso profeta. Diego Velázquez sintió latir su corazón de caballero bajo su hábito monástico, y dijo á su Abad que sería grande oprobio para el nombre cristiano si la ciudad sitiada caía en poder del enemigo, y conjuró al beato Raimundo á pedir al rey de Castilla la plaza de Calatrava para defenderla con los frailes y vasallos del monasterio de Fitero. Al pronto negóse el venerable Abad á dar oídos á una proposición tan atrevida, por no decir temeraria; pero las instancias del guerrero convertido en fraile fueron tan vivas, que creyó ver en ellas un aviso del cielo, y trasladóse al palacio del rey Alfonso. Cuando este Príncipe se hubo enterado de la petición que le hacía el beato Raimundo, regocijóse hasta el último extremo, convencido de que en manos del hombre de Dios la ciudad de Calatrava podría siempre rechazar los ataques de la morisma; pero algunos de los señores que rodeaban al Rey calificaron de imprudente y ridículo el proyecto del abad de Fitero, llegando hasta calificarlo de locura.

Impúsoles silencio Alfonso VIII, y dió la orden á su canciller para que entregase el acta de donación de la ciudad de Calatrava, con todas sus dependencias, al abad de Fitero y á sus frailes. Raimundo y su generoso compañero Velázquez dirigieron sin pérdida de tiempo al palacio del arzobispo de Toledo, Juan, Primado de las Españas, y pusieron en su conocimiento el proyecto que el cielo les inspiraba. Colmado éste de gozo al oírlo, porque diariamente lloraba por los días de humillación que sufrían las armas cristianas hacía muchos años, postróse en tierra de rodillas para dar gracias á Dios, y prometió suministrar toda especie de recursos para tan santa empresa. En efecto, mandó que se publicase ésta en todo el país sometido á su jurisdicción eclesiástica y que los fieles de Cristo debían acudir en ayuda de los defensores de Calatrava á fin de alcanzar la remisión de sus pecados. De orden suya los sacerdotes recorrían los pueblos y campos, publicando y anunciando donde quiera las indulgencias concedidas á esta nueva cruzada. Grande fué el entusiasmo, y general en Toledo y en los pueblos inmediatos, al ver á estos hombres entregados á la soledad y á la oración acudir á la defensa de la patria. Cada cual ofrecía su concurso; los unos armas, otros caballos, otros víveres y dinero. Muchos hasta resolvieron alistarse en la milicia religiosa y guerrera del abad de Fitero, quien al poco tiempo encontróse al frente de una fuerza militar bastante numerosa y abundantemente provista de víveres, armas y provisiones de todo linaje. El mismo rey de Castilla, en una solemne Asamblea compuesta de sus condes y de los obispos del reino, presentó el diploma que aseguraba al beato Raimundo y á su comunidad la posesión de Calatrava. Creemos deber nuestro el insertar á continuación el texto de esta acta, que puede considerarse como la verdadera carta de fundación de la primer Orden de caballería de la España católica:

«En el nombre de la Santísima é indivisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, á quien todos los fieles adoran: Sabiendo que la dignidad de que estamos revestidos nos obliga á proteger con todo nuestro poder el reino de Dios, que tiene en sus manos los corazones de sus Príncipes, y que es el único que puede darles el reino eterno, Nós, Sancho, rey por la gracia de Dios, hijo de Alfonso, de feliz memoria y soberano de todas las Españas, inspirado por la gracia de lo alto, concedemos á perpetuidad, por esta carta escrita en virtud de nuestras órdenes, á Dios, á la Bienaventurada Virgen María, á la santa Congregación de Cister, y á vos, señor Raimundo, abad de la Santa Iglesia de Fitero, así como á todos vuestros Hermanos presentes y futuros, la ciudad llamada Calatrava para que la poseáis en toda propiedad, libre y tranquilamente, y la defendáis contra los paganos enemigos de la Cruz de Cristo, que, como lo esperamos, será vuestro apoyo y el nuestro. Os hacemos esta cesión comprendiendo en ella los bosques y montañas, aguas y prados, derechos y rentas dependientes de Calatrava, á fin de que el Omnipotente tenga piedad de nuestra alma y de las de nuestros padres, para la defensa del pueblo cristiano, de nuestro reino y para la propagación de la fe; y si alguno tuviere el atrevimiento de violar esta donación, maldito sea, excomulgado y precipitado á lo más profundo de los infiernos como el traidor Judas. Dado en Almansa en la era 1096 (1158 de Jesucristo), el mes de Enero, y confirmada con nuestra firma real.» Después de la firma de Sancho de Castilla y Navarra, y más abajo de este importante diploma, se ven los nombres de cuatro condes, de otros muchos guerreros y señores de alto rango, y en la misma línea en que está el sello real se leen los nombres de Juan, arzobispo de Toledo, y de los obispos de Palencia, Sigüenza, Calahorra, de Osma y de Burgos.

Habiendo sobrevenido la muerte del rey Sancho aquel mismo año, la donación de Calatrava fué de nuevo confirmada por su hijo Alfonso IX, y Raimundo preparóse á marchar al pueblo amenazado para posesionarse de él. Era éste un acto tanto más valeroso, y aun puede decirse heroico de parte suya, cuanto que, como ya lo hemos dicho, los cristianos de Temple, á cuyo cuidado estaba la defensa de esta fortaleza en tiempo del rey Alfonso VIII, se habían visto en la necesidad de devolver al Príncipe esta importante plaza por el temor de no poder defenderla con energía bastante contra los ataques de los infieles. Compréndese, por tanto, hasta qué punto rayaba el valor guerrero de estos primeros caballeros de la Cruz. No obstante, con la ayuda del animoso hermano Diego Velázquez no tardó el abad de Fitero en organizar una heroica defensa en Calatrava. A sus religiosos, hasta entonces ocupados en los trabajos del campo, transformólos en otros tantos soldados; á aquellos que se hallaban revestidos del carácter sacerdotal ó de otra orden sagrada, los

nombró capellanes ó enfermeros de aquellos de sus hermanos que se aparejaban á luchar con los enemigos de la fe; al lado de éstos se agrupaban muchos guerreros jóvenes y viejos, estimulados por este generoso ejemplo y deseosos de morir ellos también en defensa del nombre cristiano. No tardaron los musulmanes en poner á prueba el valor de estos nuevos combatientes del Señor; pero fueron rechazados con pérdidas considerables. Furiosos con este descalabro, pero no desalentados, volvieron con más coraje al asalto de Calatrava; pero una segunda vez vióse la Media Luna en la necesidad de emprender la fuga ante el estandarte de Cristo. Estos triunfos atrajeron á las filas del animoso Abad considerable número de guerreros de todas edades y condiciones, muchos de los cuales solicitaban formar parte de la milicia religiosa y militar que se formaba en Calatrava.

Aprovechóse el abad de Fitero de estos inesperados refuerzos para imprimir mayor actividad todavía á la guerra que sostenía contra los infieles. Viósele entonces, no sin asombro, salir de las murallas de su imponente fortaleza y perseguir á la morisma á campo raso y á la cabeza de una numerosa legión de frailes y seglares, armados de todas armas y tan esforzados como leones en el combate. Fr. Diego Velázquez marchaba siempre junto al beato Raimundo, y ora por sus consejos, ora por designio divino, como lo aseguran todos los autores contemporáneos, llegó siempre cuando al ataque siguió la victoria. Después de muchas expediciones coronadas todas con el mayor éxito, que difundían el espanto en el campo infiel y traían la abundancia á la población de Calatrava, comprendió el animoso Abad que era preciso dar una organización más completa á sus frailes, transformados en caballeros. En su consecuencia, según el relato de los cronistas, regresó á Fitero para traer consigo el mayor número posible de frailes, dejando tan sólo en aquella casa de oración, á los enfermos é imposibilitados, y á todos aquellos que se consideraban necesarios para el cumplimiento del servicio divino diario. También hizo un llamamiento á todos sus vasallos, y predicó por todo el país inmediato como una manera de cruzada contra los moros. Su llamamiento, así como sus predicaciones, tuvieron el éxito más maravilloso, puesto caso que, según el relato del historiador de Cister, pudo llevar consigo á Calatrava un pequeño ejército, sin contar los numerosos rebaños y provisiones de toda especie que entraron con él en aquella plaza convertida en baluarte del Cristianismo en España. Entonces fué cuando se formó la Orden de caballería que tan rudos golpes debía dar al Islamismo. A los frailes cistercienses que se consagraban á la defensa armada del Cristianismo dióseles hábito apropiado á su nuevo estado, el cual consistía en una túnica blanca y corta que sólo llegaba á las rodillas y abierta por delante para facilitar el manejo del caballo; en un escapulario blanco y bastante corto, y en una capucha de lana negra que bajaba hasta los hombros en forma de muceta. Además llevaban una armadura y cubríanse todo el cuerpo con una capa de groseras pieles que representaba bastante al vivo el antiguo manto de los frailes de Occidente. El rezo del oficio se abrevió también de manera que en nada estorbaba al servicio militar, que debía ser su principal ocupación. No obstante, esta excepción terminaba con el fin de las hostilidades, y los frailes guerreros volvían en tiempo de paz al rezo de la gran salmodia así como al trabajo manual.

Estos primeros reglamentos dados á los frailes caballeros de Calatrava por el abad Raimundo y su beato amigo el arzobispo de Toledo, fueron objeto de larga discusión en el Capítulo general de Cister que tuvo efecto después de los últimos sucesos. Temíase que estos frailes, que en adelante usarían armas aunque con un objeto tan plausible, perdiesen poco á poco el espíritu de su estado. ¿Cómo hombres de oración habían de vivir monásticamente en el tumulto de los campos de batalla y en los azares de la guerra? Mil objeciones podían oponerse á un estado de vida tan opuesto á la vocación del cláustro; pero se respondió que la salvación del pueblo cristiano debía ser la ley suprema en los azarosos tiempos que atravesaba España. Citáronse los nombres de los más famosos guerreros del Antiguo Testamento que habían unido un amor tan grande á los preceptos del Señor con un celo tan brillante por la defensa de sus conciudadanos. Por último, los consejos del rey de Navarra y de Castilla, de Luis VII, rey de Francia, y el duque de Borgoña, concluyeron por convencer á los abades cistercienses, reunidos en Capítulo, que se debía aprobar esta nueva milicia religiosa que parecía responder á una de las mayores necesidades del momento.

Todavía continuó durante seis años el beato Rai-

mundo gobernando á sus frailes-caballeros, dándoles siempre ejemplos de intrepidez en los campos de batalla, así como de orden y de la más tierna piedad en Calatrava. Por disposición suya se concedió al considerable número de colonos que había traído de Fitero, y á los soldados que se habían incorporado á sus frailes, la propiedad de tierras en los contornos de esta ciudad, y al cabo de pocos años formóse en Calatrava y en todo el país que de ella dependía una población agrícola y belicosa á la vez, que atendía á la subsistencia de los soldados de Cristo y hasta les seguía en los combates contra los feroces musulmanes. Estas expediciones eran frecuentes porque, á fin de asegurar su primera conquista, el abad de Fitero no dejaba de perseguir á los moros, les tomaba las plazas fuertes, destruyendo sus campos atrincherados y extendía incesantemente á largas distancias el dominio de las armas cristianas. Hacia los años de 1162 ya tenía el territorio de Calatrava más de veinte leguas de extensión. Pero iba á sonar la hora en que el valiente soldado de Cristo debía recibir su recompensa. Vióla llegar en un pueblo de Castilla, llamado Cirvelos, con júbilo y tranquilidad, y fué á descansar de sus grandes tareas religiosas y militares en la bienaventurada eternidad el día 1.º de Febrero del año 1163 del Señor.

Después de la muerte del fundador de la Orden de Calatrava, tuvo su sepulcro la gloria de los milagros. Estas señales del poder celestial se han reproducido hasta estos últimos tiempos, porque el autor de los *Anales de Cister* asegura que, cuando ocurrían grandes tempestades en la atmósfera, bastaba para hacer calmar la tormenta tocar las campanas, cuyas cuerdas pendían junto á la sepultura del beato Raimundo. Durante una gran peste que asoló á Toledo y á los pueblos de sus contornos, fueron muchos los enfermos curados súbitamente después de haber bebido de las aguas en las cuales se había depositado una pequeña porción de sus reliquias. Finalmente, un pobre hombre que padecía mucho á consecuencia de un enorme tumor que tenía en la cabeza, tuvo la idea de untarse él mismo con el aceite de la lámpara que noche y día ardía ante la sepultura del santo Abad, y al momento sintió que el tumor había desaparecido y calmado el dolor. Todos estos prodigios aumentaron el respeto y la devoción que profesaban los castellanos al beato Raimundo, quien, después de defenderles contra los moros durante su trabajosa vida, todavía les curaba sus males después de su muerte. Por esta razón no tardó en levantarse una capilla junto á su sepulcro. En el siglo xv, no habiendo podido obtener el Gran Maestre de la Orden de Calatrava, García López Padilla, de los frailes de Monte-Sión de Cirvelos que se le entregase el cuerpo del venerado fundador, colocó en esta capilla que él mismo había reedificado, decorándola magníficamente, la estatua del beato Raimundo de Fitero con la cruz y la mitra, entre las imágenes esculpidas de San Benito y de San Bernardo con esta inscripción: «El ilustrísimo señor hermano García López Padilla, Maestre general de la Orden y de la Milicia de Calatrava, mandó construir este edificio el año del Señor MCCCCLXXXV.»

Digamos ahora en pocas palabras de qué manera se verificó la transformación de los frailes de Calatrava en verdaderos caballeros. La mayor parte de los religiosos armados por el beato Raimundo para combatir á los moros, no habían recibido las órdenes sagradas. Por lo tanto, después de la muerte de su Abad quisieron tener un jefe capaz de conducirles él mismo al combate, y eligieron para el año siguiente al hermano García, que fué su primer Gran Maestre. Los otros frailes retiráronse á Cirvelos, donde fundaron, junto á la sepultura del abad de Fitero, el monasterio de Monte-Sión. En el año 1164 fué cuando el Papa Clemente III aprobó por medio de una bula su Orden y les mandó seguir las reglas que se les habían dado en el Capítulo general de Cister, y cuyos principales deberes se hallan reproducidos en la historia general de las Ordenes religiosas; debían llevar camisas de sarga, y sus túnicas estaban hechas de manera que no les impidieran subir á caballo. Sus capas podían forrarse de piel de cordero, y el escapulario era el hábito de su religión. Debían dormir vestidos, y sus hábitos nada debían tener de supérfluo, y en cuanto á la tela y el color, debían ser iguales á los de los frailes de Cister. Estaban obligados á guardar silencio en el oratorio, en el refectorio y en la cocina. En sus expediciones les era permitido comer carne y alimentarse del producto de su caza; pero en el monasterio ó en las encomiendas sólo podían hacerlo tres veces á la semana. Los frailes cistercienses no estaban facultados para recibir la profesión de los caballeros de Calatrava sin permiso de su Gran Maestre, y cuando estos frailes-soldados iban á cualquiera

abadía de Cister, no eran recibidos en el departamento de los huéspedes, sino en el interior del monasterio, como los mismos frailes, y debían vivir allí como los legos de esta Orden.

No trazaremos aquí la historia de la grande Orden de Calatrava, que tan importantes servicios prestó á la España católica, y puede decirse también á la cristiandad entera, contribuyendo en gran parte al abatimiento del poder musulmán, tan amenazador en aquel tiempo. Esta Orden se desarrolla maravillosamente, adquiere numerosas posesiones y llega á ser uno de los grandes cuerpos del Estado. A principios del siglo xiii, en el año 1219, uno de los grandes Maestres de Calatrava, D. Gonzalo Yáñez, estableció una comunidad de mujeres que fueron llamadas las Señoras Religiosas de Calatrava, y cuya misión especial era el orar por el triunfo de las armas de los caballeros, sus hermanos. No tardó en ser imitado el ejemplo del beato Raimundo de Fitero en los diferentes reinos que se formaron en España y Portugal, durante tan prolongadas guerras como los cristianos sostuvieron con los moros. Así fué cómo se vió fundar sucesivamente las Ordenes de Alcántara, de Asís, del Ala de San Miguel, de Cristo y de Montesa, cuyos miembros todos lucharon con ardor y gloria contra los infieles hasta la conquista de Granada, su último baluarte. Es, por tanto, lícito el llamar al santo abad de Fitero, que las promovió el primero con su abnegación y celo, uno de los salvadores de España. En cuanto á su valeroso compañero Diego Velázquez, vivió aún bastante tiempo para ver elevarse el poder de la Orden militar, de la cual fué con su Abad el más ardiente promovedor. Hacia el fin de su vida, fatigado con tantas guerras como había sostenido con los moros, el viejo caballero sólo quiso pensar en la salvación de su alma y morir fraile. Retiróse, por tanto, al monasterio de San Pedro de Gumiel, al mediodía de Osma, y allí terminó bienaventuradamente su vida, después de haber pasado aún muchos años en la práctica más exacta de sus deberes monásticos.

D. FR. TEÓFILO BERENGIER,
monje benedictino de la Congregación de España.

LA RAMA DE CORAL

NOVELA HISTÓRICA DE ENRIQUE DE CAUVAIN

(Continuación.)

XIX

Mientras que pasaba este drama conmovedor en el mar, al estruendo del trueno, otra escena no menos dolorosa desarrollaba sus tristes peripecias en las orillas de Plouisic.

Viendo el cielo oscurecerse de pronto, oyendo el ruido lejano del huracán, Hervion Lefloch había sentido un escalofrío que helaba sus venas. Era como un presentimiento siniestro que le anunciaba que una nueva desgracia iba á caer sobre él.

—Me ha prometido volver pronto — pensó. — ¡Con tal que no haya salido de Frégastel! ¡Los huracanes son terribles en Abril!

Desde este momento, el desgraciado padre no tenía un segundo de descanso. Su espíritu, debilitado por la edad y por la enfermedad, le presentaba sombrías visiones, alucinaciones de la fiebre. Seguía con terror siempre en aumento los progresos del huracán. No quitaba su vista ni un momento de la veleta colocada en lo alto de una casa vecina.

El viejo piloto reparó el primero la mudanza del viento.

—Eso no es nada — se dijo — si están en alta mar no correrán peligro.

Esta esperanza no duró más que un momento; muy pronto volvió de nuevo á sus temores. Se acusaba de haber dejado ir á María Ana con un tiempo inseguro.

—¡Haga Dios — pensaba él — que se hayan quedado en Frégastel, como se les había encargado!

Pero conocía demasiado el carácter decidido de su hija y el deseo que tenía de volver pronto á su lado para conservar mucho tiempo esta esperanza.

Estaba anheloso, sus sienes se cubrían de sudor frío. En este momento entró Yves en su cuarto.

—Ven acá — le dijo en cuanto le vió — ve á buscar á los hombres de la aldea; quiero que me lleven á una cortada. Pero ¿qué tienes? — continuó — reparando la palidez del niño.

Lo cogió por el brazo y lo movió bruscamente:

—Habla, pues, habla, pues, desgraciado; dime todo, quiero saberlo todo.

—El vigía anuncia un barco en apuro.

—¿Qué barco?

—Un piloto.

—¡Ah! — gritó el anciano marinero haciendo un violento esfuerzo para levantarse.

Pero se cayó pesadamente y continuó con voz entrecortada:

—¡Es Pioux! María Ana está con él... María Ana, ¿lo oyes? Ve á buscar á los pescadores, ¡quiero que me den una barca, iré al mar, la salvaré!

El pobre anciano causaba espanto en su dolor.

Algunos minutos después entraron cuatro robustos marineros en casa de Herviou Lefloch, lo tomaron en un sillón y lo transportaron con precaución á la cima del Isnin. Se había esparcido la triste noticia por el pueblo con vertiginosa rapidez. Una porción de pescadores y mujeres habían llegado ya á la cima de la roca, de donde se podía, á la claridad de los relámpagos, distinguir toda la bahía de Plouisc. Se oía un sordo rumor en el grupo. Todos los ojos estaban fijos en la alta mar.

Algunas mujeres, entre otras la de Pioux y la madre del grumete, estaban arrodilladas al pie de la cruz, dando sollozos y golpeándose la frente con la tierra húmeda.

—¿Lo veís todavía?— preguntó uno de los pescadores á Leguaz.

—No. Hace un momento lo percibí á la claridad de un relámpago. Pero lo he perdido de vista:

—¡El mar es muy fuerte!

—¡Qué lluvia!

—¡Qué ráfagas!

—Cuesta trabajo distinguir su vela negra.

—Felizmente su barco es bueno.

—Es la primera vez de mi vida que he visto venir un huracán con tanta rapidez.

—¡Pobre Lefloch! ¡Míralo pues!

En efecto, era un triste espectáculo; no se podía echar la vista sobre el infeliz anciano sin sentirse muy conmovido. A su animación había sucedido una postración completa. Consideraba con mirada firme á los pescadores agrupados á su alrededor, y recibía sin parecer enterarse de ello los torrentes de lluvia que inundaba su cabeza calva.

De repente su mirada se iluminó, se crisparon sus dos manos contra el sillón, se irguió en su asiento, y con una voz que dominó por un momento el ruido de la tempestad:

—¿No hay aquí—exclamó—un hombre que tenga la abnegación de salvarla?

Todos se volvieron. Leguaz apretó los puños con coraje.

—¡Y decir—murmuró—que van á perecer los tres tal vez á nuestra vista sin que podamos llevarles socorro!

—Legoaz—exclamó Lefloch cogiendo el brazo del marinero—¿quieres ser rico? Legoaz, ¿quieres todo lo que poseo? Tienes un barco grande y sólido... ven, yo te acompañaré, yo tendré el timón... Si salvas á María Ana, toda mi fortuna es tuya.

—Sabes, mi pobre Lefloch, que no podríamos ir á alta mar con un viento semejante—dijo el pescador desprendiendo suavemente su brazo—iríamos á una muerte segura.

—¡Ah! ninguno tenéis corazón ni valor! ¡María Ana! ¡hija mía!... ¡Oh! ¡qué suplicio tan horrible!

—¡Mirad!...—dijo de pronto uno de los pescadores extendiendo el brazo en la dirección de la orilla.

Todas las miradas se dirigieron en seguida de aquel lado. Se veía brillar en la playa la luz de una gran linterna que avanzaba rápidamente hacia el borde del mar. En estos momentos de angustia, basta el suceso más insignificante para que éntre de pronto la esperanza en el corazón del hombre. Esta pequeña luz que, atravesando las tinieblas, se dirigía en línea recta hacia el sitio de la playa donde estaban amarrados los barcos, parecía á esos espíritus sencillos é impresionables el anuncio de algún socorro milagroso.

Reinó un silencio profundo en la muchedumbre. En fin, se oyó la voz de Legoaz:

—¡Apuesto que es Joël!—exclamó.

A este nombre el anciano Herviou se estremeció. Hizo una seña para que le aproximasen al borde de la cortada.

Se restableció el silencio, profundo, solemne.

Todos estos buenos corazones latían con fuerza; más de una boca dirigía al cielo una fervorosa plegaria.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS UTILES

Excentricidades americanas.—El departamento central de Washington ha concedido recientemente algunos privilegios de invención bastante curiosos. Hé aquí algunos ejemplos.

Privilegio otorgado á una lady por un alfiler para la cabeza, que sirve al mismo tiempo de tijeras y de porta-ramillete.

Privilegio para un aparato que sirve para dar de beber á los caballos sin detener su carrera. Este aparato se fija en la cabeza del caballo y se halla en comunicación con un depósito instalado en el carruaje.

Privilegio para un aparato que impide á las vacas mover la cola mientras se la ordeña.

Puente de vidrio.—Refiere un periódico extranjero que en Inglaterra se ha construido un puente de vidrio, empleando un procedimiento especial para elaborar grandes masas de aquella materia, que luego se endurecen considerablemente, no dejando que



FRAY JUAN DE LA CONCEPCIÓN
hábil platero del siglo XVII.

desear respecto á solidez, según las pruebas efectuadas en una línea de tranvías. El costo resulta mucho menor que de los puentes de madera y de hierro, y además tiene la ventaja que no se pudre ni es dañado por los insectos, como la madera, ni se enmohece como sucede con el hierro.

Efectos del alcanfor.—Para combatir el insomnio, la intranquilidad, la melancolía, desórdenes nerviosos y otras afecciones análogas, se ha ensayado el uso del alcanfor, tomado interiormente en dosis de grano y medio á tres, ó bien en inyecciones hipodérmicas, empleando al afecto una solución de alcanfor en aceite (1 parte por 10 respectivamente), de manera que se tome la misma cantidad prescrita para uso interno.

El hidrato de cloral, la morfina y el bromuro de potasio habían sido empleados sin éxito, y mediante una inyección hipodérmica de la referida solución alcanforada se obtuvo en pocos minutos el alivio de los padecimientos. Una dosis pequeña de un grano es más eficaz que en mayor cantidad, y es preferible repetir la operación á concentrar la dosis.

Curación de los callos.—Se disuelve una parte de ácido salicílico en cuarenta partes de colodión, con lo cual se humedece el callo diferentes veces durante una semana, pasado cuyo tiempo desaparece éste casi insensiblemente. Si los callos son gruesos y duros se aplica por la noche una mezcla de una parte de ácido fénico, diez de agua destilada, glicerina y linimento de jabón. Se envuelve el callo con una tela de gutapercha, y á la mañana siguiente ya puede extraerse con gran facilidad.

Temblor muscular.—Contra el temblor muscular el Dr. Fériz recomienda la veratrina al inferior, bajo forma de píldoras de á medio miligramo, á tomar hasta cuatro al día, con intervalos de una hora.

La acción de la veratrina se manifiesta al cabo de veinticuatro horas de tomada, y no desaparece á veces hasta pasado un mes, á pesar de la rápida eliminación del medicamento. Es eficaz en todo género

de temblor de cualesquiera parte del cuerpo, pero sobre todo utilísima en el de origen alcohólico.

Almacenaje de la fuerza del viento.—Merece tomarse nota del siguiente, entre los procedimientos de utilizar una fuerza tan inconstante, pero tan barata, dándole esa regularidad y buenos medios de aprovecharse que le faltan, con lo cual podría aplicarse á molinos de harina que no necesitan más de 20 caballos de fuerza.

Partiendo del principio que, comprimido el aire á la tensión de 200 atmósferas, y que 3 piés cúbicos de tal aire por hora dan 4 caballos de fuerza, para obtener la potencia motriz de 20 caballos deseada es menester un depósito de 360 piés cúbicos, ó sea de 6 piés lineales de ancho, otros tantos de largo y y 10 de alto, lo cual no toma mucho espacio. Las ruedas de viento han de descansar sobre ejes verticales, ó también pueden ser horizontales con eje fijo. Estos molinos no necesitan cuidado alguno ni freno; pueden marchar con la mayor velocidad ó estar parados; la velocidad no les causa perjuicio, y, por el contrario, aumenta la cantidad de trabajo útil.

Los motores de aire comprimido se han aplicado de varias maneras, como á los tranvías.

La rueda de viento con sus revoluciones lleva y comprime por medio de una bomba aire al depósito, sin cesar un momento, lo que para el motor aéreo es indiferente. La comunicación del depósito con el motor puede establecerse é interrumpirse á medida que convenga, y graduar así la tensión y la fuerza.

Reconocimiento del azúcar de uva.—Existe un reactivo muy sensible para acusar la presencia del azúcar de uva. Se mezclan en volúmenes iguales una solución de potasa cáustica y otra solución concentrada de ácido pícrico, que da lugar á un precipitado de picrato de potasa, el cual se redissuelve elevando la temperatura del líquido, que resulta transparente y de color rojo anaranjado. Añadiendo una pequeña cantidad de azúcar de uva al líquido, pasa á un color rojo púrpura casi negro: el azúcar de caña no da esta reacción. La reacción debe tener lugar con líquidos alcalinos y cuando el azúcar existe en proporción mayor de 1,5 por 10.000 de agua.

ADVERTENCIA

Desde el año de 1877, en que comenzó á publicarse LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, no ha dejado de mejorar, hasta el punto de que, comparados los números actuales con los primeros, acusan, como ahora se dice, un adelanto sorprendente. Los precios de suscripción, sin embargo, no han variado.

No es nuestro ánimo, al menos por ahora, alterarlos; pero son tantos los perjuicios que se nos ocasionan con la morosidad y descuido de algunos corresponsales, que, siguiendo la práctica de todos los demás periódicos, hemos creído de equidad el subir los precios de las suscripciones hechas en casa de los corresponsales para subsanar en alguna parte los perjuicios que se nos irrogan. Bastará decir que abonamos el 25 por 100 á los corresponsales; de modo que de 60 reales vienen á quedar para nosotros 45. Agréguese á esto que algunos pagan mal y que la mayoría nos cuestan muchas cartas, y resultará que á veces nos son gravosas y cuestan dinero las suscripciones de los corresponsales.

Desde esta fecha, las suscripciones hechas en casa de los corresponsales costarán: por un año, 68 reales; por seis meses, 34 reales; y por trimestre, 18 reales.

Quedan los mismos precios antiguos para los corresponsales de Ultramar.

Madrid.—Tipografía del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús Juan Bravo, 5 (barrio de Salamanca).